

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA

ESCUELA POLITÉCNICA SUPERIOR DE GANDIA

LICENCIADO EN COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL



**UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA**



**DESARROLLO DEL GUIÓN DEL LARGOMETRAJE DE
FICCIÓN ORIGINAL:**

¿A DÓNDE VAS CON LA CRUZ?

TRABAJO FINAL DE CARRERA

Autor: Gabriel Año Castelló

Director: Emilia Victoria Enríquez Carrasco

Gandia 2013

ÍNDICE

1) - Introducción, 3.

2) - Documentación y fuentes, 3.

3) - Escaleta de trabajo, 3.

3.1 Tres grandes bloques narrativos

3.1.1. Inicio.

3.1.2. Nudo.

3.1.3. Desenlace.

4) - Guión, 4.

5) - Tratamiento, 120.

5.1. Contexto narrativo

5.2. Ambientación:

5.3. Localizaciones:

6) Fuentes bibliográficas, filmografía y documentos, 123.

1) Introducción

Creación iconoclasta sobre prejuicios y falsa moralidad cristiana y militar en tono de humor.

La estructura del guión es clásicas: principio - nudo - desenlace. Se articulan una serie de escenas con principio y fin, que bien podría funcionar como gags independientes pero que van unidas, articulando así, el film desde el inicio a la conclusión del mismo

Poner en práctica todas las técnicas y recursos narrativos aprendidos y trabajados durante el transcurso de mis años de formación.

Plasmar los conocimientos audiovisuales y articularlos en una historia coherente y comercial, que sea capaz de llevarse a la pantalla y atraer a un sector de productoras que se pudieran interesar en el trabajo.

Desarrollar los conceptos que se han explicado en clase de forma que queden implícitos en el guión escrito de forma que espectador sólo se vea inmerso en la película y no en los recursos utilizados.

2) Documentación y fuentes

Se ha analizado en cine español en su espectro más amplio, y se ha observado que algunas de las películas que más éxito han tenido corresponde a José Luís García Berlanga y a su peculiar manera de enfocar sus críticas satíricas de la sociedad, por lo que he procedido a profundizar en dichas películas para extraer la idea principal de lo que iba a ser "A dónde vais con la cruz"; y la idea principal ha sido la sátira en su más sarcástica forma.

3) – Escaleta de trabajo

Tres grandes bloques narrativos:

- El primer gran bloque del guión que aquí se presenta abarca, desde el inicio: cuando el capitán ajusta su pistola hasta la partida de los personajes que tienen intención de recuperar la cruz.

- El segundo bloque, y más extenso narra las peripecias de cada grupo de gente y personaje en sus afanes de encontrar la cruz. Por otra parte vemos también personajes del bando contrario en sus avatares para detener a la avanzadilla nacional en su intención de ganar la guerra, poniendo sus medios para que predominen sus ideas. También existen personajes del clero que se cruzan en el camino de los protagonistas.

- En el desenlace podemos observar como las diferentes historias se desvían para tomar rumbo final después de las situaciones que les han ocurrido, para terminar todos en el campo de batalla jugándose sus vidas por la cruz del falso milagro.

4) - Guión

¿ADÓNDE VAS CON LA CRUZ?

INT. TIENDA DE CAMPAÑA MILITAR DEL EJÉRCITO NACIONAL

Un oficial, el CAPITÁN, está sentado dándonos la espalda en una silla plegable, algo en sus manos atrae poderosamente su atención y le hace oscilar su columna vertebral adelante y atrás.

CAPITÁN

Mírala... Bonita, más que bonita... Si no estuvieras tan fría te daría un beso... Pero te la voy a meter.

Un haz de luz solar ilumina al capitán al abrirse la puerta de la tienda y entrar el sargento SOLDEVILA. Alterado por la interrupción, el capitán se sobresalta y aparta sus manos de la mesa, restregándose las en sus muslos.

SOLDEVILA

Con permiso. Mi capitán, los hombres están listos para marchar.

CAPITÁN

(enfadado)

¡Te he dicho que llames antes de entrar!

SOLDEVILA

Discúlpeme.

CAPITÁN

Vete, vete... En seguida salgo.

Soldevila abandona la tienda. El capitán reanuda su vaivén con afán renovado.

DETALLE DE UNA PISTOLA STAR 9MM PARCIALMENTE DESMONTADA

Con tiento, las manos del capitán introducen un utensilio de limpieza de fabricación propia en el cañón del arma.

CAPITÁN

Así, ¿ves como no duele?

El utensilio, una varilla de acero a la que ha anudado pelo de caballo, se desplaza adentro y afuera del cañón. Las manos del capitán se mueven ociosas alrededor del cilindro que sostienen.

CAPITÁN

Te pones sucia por nada, te pones sucia por un par de balas, ay...

SOLDEVILA

(desde fuera de la tienda)

¡Capitán! ¡Los hombres se impacientan!

CAPITÁN

(más que enfadado)

¿Aquí quién manda?

SOLDEVILA

¡Usted, señor!

CAPITÁN

Pues que esperen. Esto es el ejército, no una excursión de niños malcriados.

Las hábiles manos del capitán terminan de montar el arma. Un suspiro casi inaudible escapa de su boca.

CAPITÁN

¿Qué? ¿Ves como no ha dolido? Anda, ahora nos vamos...

EXT. BOSQUE DE PINOS – MAÑANA SOLEADA

Montando a lomos de un caballo negro purasangre, el capitán guía a sus soldados. A pie, a su lado, Soldevila le sigue incansable.

CAPITÁN

Dime que no. Di que sí. Ellos son un gusano en la hermosa manzana que es España y nosotros estamos aquí para extirparlo. A mordiscos si hace falta. ¿Estás de acuerdo, Soldevila?

SOLDEVILA

Plenamente.

CAPITÁN

No hables, que me distraes, asiente, asiente.

SOLDEVILA

Sí, señor.

CAPITÁN

Contigo no hay manera... Entre tú y yo, ¿a que si pudieras me darías una paliza de las buenas? No me respondas, se ve en tu cara... ¡Pues te aguantas y tragas! ¿Ves estos galones? Esto se suda, muchachote. Por eso yo voy a caballo y tú a pie, ¿entendido?

Soldevila asiente.

CAPITÁN

¿Qué? No te oigo.

Tras tragarse su orgullo a regañadientes bien disimulados, Soldevila responde en voz baja.

SOLDEVILA

Sí, señor.

CAPITÁN

¡Me cagüen la hostia verbenera y bendita! ¿No te he dicho que asientas?

Soldevila asiente.

CAPITÁN

Los valores tradicionales lo son todo. Hay que conservarlos a cualquier precio. Ésa es la función de esta gran institución que es el ejército y a la que, que me aspen si sé por qué, te han dejado entrar. Valores tradicionales Soldevila. Honestidad. Y castidad. Anota estas palabras. Pero aún así Dios predispone excepciones. ¿Ves ese pueblo?

SOLDEVILA

¿Cuál?

CAPITÁN

Tú eres idiota. Ayer te lo marqué en el mapa.

SOLDEVILA

Ah, sí.

CAPITÁN

Cuando estemos allí entenderás la naturaleza humana de las excepciones mundanas. Es decir, todo hombre ha de eyacular cuando la naturaleza le llama. Es ley de vida. Y no tiene nada que ver con Dios. Para ser honesto con la iglesia el hombre ha de dejarse llevar por sus necesidades naturales. Sólo así es libre de seguir después los preceptos de la santa y sagrada Biblia. Todo animal del Señor tiene necesidades de las cuales no puede escapar... Ir de picos pardos no es un pecado. Las putas sirven para evitar que engañes a tu mujer.

Una cagada de pájaro cae encima de los galones del capitán.

CAPITÁN

Me cago en todo lo que se menea...

SOLDEVILA

¿Señor, qué?

Sin mediar respuesta el capitán desenfunda su pistola y dispara al árbol. Se oye un piar de pájaros y una nueva cagada le impacta en su cara.

CAPITÁN

(furioso)

Di a los hombres que se detengan. ¡Y que disparen a todo lo que se mueva por encima de sus cabezas!

SOLDEVILA

¡Atención! ¡Aalto! ¡Disparen a los pájaros!

La fila de soldados se detiene, apunta a las copas de los árboles y abre fuego. En breve el bosque se llena del humo de la pólvora y el piar de los pájaros queda apagado por las salvas de los rifles. Algunas aves caen muertas junto con las ramas que las balas podan.

CAPITÁN

(gritando para que Soldevilla le oiga)

¡Que paren hostias!

SOLDEVILA

¡Aalto!

CAPITÁN

Mira, mira... Chitón. Silencio Soldevila, mira arriba.

Encima del árbol junto al que está parado el capitán, a contraluz, se distingue un gorrión. Con paciencia, el capitán apunta con su Star al ave.

CAPITÁN

Mira Soldevila, esto es precisión.

Abre fuego y, de inmediato, una rama cae y se incrusta en su ojo derecho.

CAPITÁN

¡Ay, la madre que te parió! ¡Aiiiiiiiiiii!

SOLDEVILA

¡Enfermeero! ¡Aquí!

DETALLE DE UNA BANDEJA CON DOS TAZAS DE CAFÉ

Dos manos la asen mientras avanza a paso seguro hacia una mesa en la que hay sentados dos hombres, el CACIQUE y el ALCALDE.

SIRVIENTA

Le traigo el café como había pedío...

Se oyen risas provenientes de los dos hombres.

INT. SALÓN DE INVITADOS DEL CACIQUE

La SIRVIENTA deposita la bandeja sobre la mesilla. Los hombres siguen riéndose cuando la sirvienta sale de la habitación.

CACIQUE

¿Pedío...? Como animales. Ganado. Se crían en el campo. Es un milagro que no pasten hierba. (*Tras consultar su reloj.*)
Hablando de milagros... ¿Oyes los cuchicheos del ganado? Están

ansiosos por ver la ejecución... ¿Y por^o qué? Te explicaré. De cuando en cuando coges una oveja del rebaño, le rebanas el cuello, y las demás tan felices, ¡cómo me van a dar pena!, me cabrean, podrían ser listos y eligen ser ignorantes. ¿A ti te dan pena? ¡Cómo te van a dar pena! ¿Tengo razón o no? Y tú que nunca quieres subir a los delincuentes a la palestra por el qué dirán. ¡Si es lo que quiere el pueblo! ¿Oyes su parloteo? Suena más fuerte... Es ya la hora, vístete y sal al balcón.

ALCALDE

Es mejor hacerlos esperar.

CACIQUE

Ja, ja, cachondo... Madera de artista, la tienes, vaya que sí. Como el Duce, el gran Mussolini... ¿El verdugo sabe?

ALCALDE

¡Chist! Que las criadas siempre tienen una oreja pegada a la puerta.

CACIQUE

¿Está al tanto o no?

ALCALDE

¿Tú te fías de mí? Yo me fío de él.

CACIQUE

De él me fío, de ti no. Si por ti fuera...

ALCALDE

Regla número uno. El dinero es lo primero.

CACIQUE

Así me gusta... Anda, vístete, no les hagas esperar más, que me dan pena. ¿Ves? Me contradigo, me cabrean porque les quiero, son mi gente, nuestra gente, y por eso vamos a sacar adelante este pueblo, por nosotros y por ellos. Por ellos.

ALCALDE

¿Crees que saldrá bien?

CACIQUE

Claro que sí. No te retrases más. Sal.

De un armario ropero empotrado junto a un enorme escritorio de caoba, el alcalde saca una casaca del antiguo ejército prusiano y una serie de condecoraciones que se coloca con muchísimo cuidado

ALCALDE

¿Estoy elegante?

CACIQUE

Yo no me pondría tantas condecoraciones. Al fin y al cabo no has estado en ninguna guerra.

ALCALDE

Ni tú. Es para impresionar.

CACIQUE

¿Una liturgia impía?

ALCALDE

(mirándose en el espejo adosado a una de las puertas del armario)

Sí, a ver, esta medalla un poco hacia la izquierda...

CACIQUE

Venga, sal a escena.

Seguido del cacique, el alcalde se asoma al balcón. Delante de ellos se distingue una plaza atestada de gente expectante. En el centro exacto, sobre una tarima, está dispuesto el garrote vil.

EXT. BALCÓN DE LA MANSIÓN DEL ALCALDE – MAÑANA

Con las manos apoyadas sobre la barandilla del balcón, el alcalde contempla a sus súbditos orgulloso. Más discreto, detrás, el cacique observa detenidamente el espectáculo que está a punto de comenzar.

ALCALDE

Estimados conciudadanos: la pureza que guía nuestros corazones, el sino que da rumbo a España, en ocasiones se entorpece, y es nuestra dura tarea reconducirla por el camino justo, ese que la moral única y sacrosanta dicta a las mentalidades lúcidas y no paganas. Josele se dejó llevar por sus impulsos, cayó en las redes del ateo comunismo y saltó luego a la lujuria del adulterio. Ha

sido contaminado. Por eso no hemos de ver este proceso como una ejecución, sino como una liberación que purificará su alma, y como un ejemplo a no seguir por las almas más cándidas. Señor verdugo, puede iniciar el acta.

EXT. PLAZA DEL PUEBLO – MAÑANA

El verdugo y el condenado, JOSELE, suben por la escalera que les lleva hasta la tarima. Los murmullos de los espectadores aumentan. El rubor del verdugo contrasta con la palidez del reo mientras éste toma asiento empujado por las fuertes manos del primero. Con la habilidad que da la experiencia, el verdugo ajusta el garrote vil al cuello del condenado. Los murmullos cesan. Una vez está todo listo, el verdugo mira hacia el balcón del alcalde esperando la orden.

EXT. BALCÓN DE LA MANSIÓN DEL ALCALDE – MAÑANA

Con exagerada parsimonia, el alcalde levanta el brazo derecho y lo extiende a la usanza del saludo fascista. El silencio, hasta ahora absoluto, se quiebra en un millar de aplausos.

EXT. PLAZA DEL PUEBLO – MAÑANA

La gente sigue aplaudiendo y exclamando consignas fascistas. Subido a los hombros de uno de los asistentes, un NIÑO EXALTADO intenta gritar más que nadie.

NIÑO EXALTADO

¡Viva Franco! ¡Viva Franco! (*Pausa para tomar aire.*) ¡VIVA!

Su padre, orgulloso, no puede evitar que una lágrima de emoción descienda por una de sus mejillas.

PADRE

(*con la voz alterada por las lágrimas*)

¡Viva, hijo! ¡Viva!

NIÑO EXALTADO

(*marcando pasos militares*)

¡Viva España! ¡Viva Franco!

CACIQUE

Ahora es cuando viene el milagro, ¡venga, da la orden Gerardo!

En uno de los balcones de las casas que dan forma a la plaza, un hombre asoma con una cubeta de hierro rellena de sangre de gallina. El alcalde va a bajar el brazo para hacer que se cumpla la sentencia. Cuando empieza a bajarlo el hombre del balcón tropieza y derrama la sangre sobre la cruz que está abajo salpicando también al sacerdote. Una mujer se lleva las manos al rostro.

MUJER EMOCIONADA 1

¡Paren la ejecución! ¡Es un milagro! ¡Dios se ha manifestado para perdonarlo!

CACIQUE

Maldita sea la zorra ésta, se ha adelantado.

Todos se arrodillan y las mujeres se santiguan, el hombre del balcón cae y se empala en uno de los puntales del cadalso. El cubo, todavía asido a una de sus manos, se suelta finalmente y rueda por el suelo dejando un fino reguero de sangre, pero nadie hace caso; están mirando la cruz manchada de sangre.

MUJER EMOCIONADA 1

Milagro, milagro, Dios se ha manifestado, y éste es su profeta Josele

MUJER EMOCIONADA 2

¡Es un santo! ¡Dios ha querido que su pecado se convirtiera en milagro para redimirnos a todas!

MUJER EMOCIONADA 3

¡Sí! ¡Al fin! ¡Por fin!

JOSELE

¡El señor pide mi indulto!

Josele consigue liberarse del garrote vil dejando atrás al verdugo que también esta arrodillado.

DOS MUJERES

Espera santo que tenemos manos para quitarte esos harapos y vestirme como dios manda

JOSELE

En otro momento no les diría que no, pero con estas circunstancias yo me voy.

DOS MUJERES

Espera ven, queremos estar contigo...

Las mujeres salen detrás de Josele.

SACERDOTE

(ebrio, como siempre)

Esperad, puede no ser un milagro.

El sacerdote saca una petaca de la sotana y le da un trago.

SACERDOTE

Puede ser un aviso del diablo, para dar cancha a este pedazo de sátiro que es Josele... ¡Esperad!

ALCALDE

(dirigiéndose al Cacique)

De todos modos ha salido bien. Los milagros venden, ¿ves por dónde voy, Gerardo? Tendremos hoteles en vez de naranjos. Lo malo es que se ha escapado el cabrón de Josele, y a mí nadie me pone los cuernos y se va de rositas.

CACIQUE

Ja, ja, ja, ése no vuelve. Vamos a ser tremendamente ricos.

EXT. COLINA SOLEADA POR LA QUE AVANZA EL EJERCITO NACIONAL
- MEDIODÍA

CAPITÁN

Como iba diciendo, los valores predominantes en la sociedad vienen impuestos por los individuos de raza superior, que dado su alta capacidad para tomar el control en determinadas situaciones rigen la vida de los débiles que se han de someter, si quieren progresar, en el uno universal e indivisible que es la patria.

SOLDADO

Mi capitán, tenemos la villa de Linares a la vista, pero están pasando cosas extrañas.

CAPITÁN

A ver, pásame el catalejo.

Los soldados se ríen

CAPITÁN

Al que se ría otra vez, lo fusilo yo aquí mismo.

PDV DE VISTA DEL CATALEJO

Se ve al sátiro correr huyendo de las dos mujeres, al cacique y al alcalde riendo en el balcón, al sacerdote balanceando la petaca en su boca y los feligreses arrodillados rezando; por último, se divisa la sangre sobre el rostro de Cristo.

CAPITÁN

Dios, Dios, caguen la hostia puta, blasfemia, en ese pueblo están haciendo un aquelarre. ¡Corriendo hacia el pueblo ese de Satanás! ¡Vamos!

El convoy nacional llega al pueblo, pero nadie les hace caso ni se percatan siquiera de su presencia

CAPITÁN

(tras disparar su Star)

¿Qué coño pasa aquí?

Los habitantes de Linares permanecen arrodillados. El cacique y el alcalde ya no están mirando en el balcón.

CAPITÁN

¡Artillerooooo! Apunte con el mortero hacia arriba y dispare a la multitud. Nadie jode a la santa madre iglesia siendo yo capitán del ejército de Franco.

El artillero coloca el proyectil y dispara con tan mala suerte que le da a la torre de la iglesia del campanario.

PLAZA DEL PUEBLO

La gente corre asustada gritando mientras la campana se desprende del campanario y redolando va a sepultar al verdugo que todavía no se ha quitado la capucha.

ANCIANO

E la fin del mundo e la fin del mundo, ¡l'apocapipsi!

MUJER 1

¡La cruz! ¡Salven la cruz! ¡Es el símbolo sagrado de la existencia divina!

CAPITÁN

¡Vamos! ¡Rodeen el pueblo! ¡Que no escape ni uno solo de estos paganos!

SOLDEVILA

¡Cercad el pueblo! ¡Rápido!

SOLDADOS

¡Sus órdenes!

Los soldados contienen a cuanta gente pueden para que no escapen. Luego la empujan hasta el centro de la plaza.

CAPITÁN

Me caguen las sandalias de Cristo, ¿Aquí que coño pasa? A ver, el que va de sacerdote, que responda.

SACERDOTE

Se trata de la guerra divina y eterna de los ángeles contra los demonios, y se está desarrollando sobre el cielo de nuestro pueblo. Las potestades han lanzado un ataque transversal que ha derribado a un demonio perseguidor de mujeres que intentaba escalar hacia el cielo y una lluvia de sangre ha caído. La espada de Miguel ha decapitado el cuerpo y la cabeza ha caído aquí justamente, todavía se la oye, como no ha muerto del todo... Oiga, oiga (*poniendo la oreja en la campana y recitando*) “sálvenme sálvenme, que alguien me saque de aquí” “prometo dejar la profesión y dedicarme al campo”

CAPITÁN

Caguen la santísima puta, te voy a pegar un tiro aquí mismo.

De entre la multitud que todavía no se ha sido conducida hasta el centro de la plaza, sale el alcalde.

ALCALDE

Tal vez yo le pueda explicar lo que ha sucedido. Soy el alcalde de Linares.

CAPITÁN

Me importa una mierda quién sea. Y más le vale que esa explicación me convenza porque si no es así los fusilo a todos.

ALCALDE

Ha sido un milagro.

CAPITÁN

Ahora sí que lo ha dicho todo, voy a empezar por usted.

Detrás del alcalde aparece la menuda figura del cacique.

CACIQUE

Dice la verdad, ha sido un milagro, todo el pueblo es testigo de ello.

ALCALDE

Cristo ha sangrado cuando íbamos a ajusticiar a un hereje impuro.

ALGUNA GENTE DEL PUEBLO

Es verdad señor.

CAPITÁN

¿Y al sacerdote ese qué le pasa?

CACIQUE

Está atrapado por su adicción a la absenta y delira.

El capitán medita unos instantes.

CAPITÁN

Bien, requisamos pues esta cruz. Nos traerá suerte en el frente.

CACIQUE

No puede llevársela, la cruz pertenece al pueblo...

CAPITÁN

Ha sido designio de los dioses que yo pasase por aquí y me la encontrase para llevármela a la guerra y ganar cuantas batallas encuentre en mi camino.

CACIQUE

Pero...

CAPITÁN

No hay pero que valga. La cruz se viene conmigo, hostia, ¿o es que es usted rojo y quiere impedir nuestra victoria? Porque en ese caso...

CACIQUE

¿Comunista yo? Ni hablar de ello.

CAPITÁN

Pues decidido. Ala, Soldevila manda a los soldados colocar la cruz en un lugar visible, como los romanos, el estandarte que nos llevará al triunfo y a la gloria en Madrid y para toda la España nacionalizada.

FUNDIDO EN NEGRO

EXT. PLAZA DE LINARES – TARDE

El ejército se dispone a irse del pueblo. El capitán marcha con un pañuelo en la cabeza y un parche. El niño exaltado camina a su lado marcando el paso.

NIÑO EXALTADO

¿Es usted el capitán pirata?

CAPITÁN

Será hijoputa el bastardo este.

El capitán le da una colleja fuerte al niño, el cual le devuelve una patada en la espinilla y se va corriendo.

NIÑO EXALTADO

¡Usted es un cabrón!

CAPITÁN

Caguen la...

FUNDIDO EN NEGRO

DETALLE DE UN VASO Y UNA BOTELLA

El vaso ha perdido su brillo tras múltiples lavados con jabón y estropajo. La botella es de absenta y está llena, el precinto intacto. Dos manos se acercan a ella.

INT. DESPACHO DE LA CASA ABADÍA DEL SACERDOTE

El sacerdote coge la botella de absenta la abre, vertiendo a continuación una cantidad generosa en el vaso, que levanta y estudia a la luz de la lámpara, fascinado por el brillo amarillento del líquido.

SACERDOTE

La mitad hoy, la mitad para mañana. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, ni para hoy lo que puedas hacer mañana, así que mitad y mitad y estamos en paz.

Llaman a la puerta. Sin esperar a que el sacerdote permita la entrada con un adelante, ésta gira sobre sus goznes y da paso a un grupo de mujeres a las que su ropa, negra, sus relicarios y sus rosarios, negros también, y su mirada, más negra aún, tildan de beatas. De entre ellas, decidida, surge una, la más alta, de rostro enjuto y mirada agria. Mientras habla traga saliva si parar para mitigar el ardor estomacal y, de cuando en cuando, se toca el vientre plano como para asegurarse que su estómago sigue allí.

BEATA JEFA

El autobús está lleno y queríamos saber si va a acompañarnos y si no es así si nos dará, qué menos, un donativo...

SACERDOTE

Os lo dije No puedo desatender mis obligaciones. (*Y, en voz inaudible para la beata, casi en un susurro*) Tienen un milagro en casa y se van afuera para disfrutarlo.

BEATA

¿Qué?

SACERDOTE

Nada.

BEATA

Habría dicho que decía que nadie es profeta en su tierra.

SACERDOTE

No se me ha perdido nada ni en el frente ni en Lourdes. Y la iglesia no está para dar donativos, sino para recibirlos. Además, habré de arreglar el campanario. Ni estoy en disposición de darles dinero ni de ir con ustedes. Así, que arre, puerta...

BEATA

¡Cómo se atreve a hablar así! En el frente daría la extremaunción a los héroes que luchan por la iglesia y España, y en Lourdes descansaría del esfuerzo. ¡Es el viaje perfecto! Y los donativos que la iglesia recibe están para darlos, por si no lo sabe, listo, más que listo.

SACERDOTE

Mi sitio está donde me ordenó mi institución, aquí, ayudando a la gente del pueblo.

BEATA

Sí, ya vemos cómo se afana en acabarse el alcohol para que no se emborrachen ellos.

El rostro del sacerdote, rojo de por sí, surcado de venas por los abusos del alcohol, enrojece más si cabe.

SACERDOTE

¡Vete! ¡Mujer ingrata! ¿Cómo te atreves tú a hablarme así?

BEATA

Vayámonos. Os dije que era un caso perdido.

SACERDOTE

Vosotras sí que soy unas perdidas.

BEATA

¡Calle! ¡Maleducado!

SACERDOTE

¿Qué me calle? Mira, bonita, a ésta y a esa otra. He tenido contacto carnal con las dos.

Apartando a la beata jefa, una anciana irrumpe delante del sacerdote dispuesto a sacarle los ojos. La beata jefa, por los pelos, la frena antes de que cumpla su propósito.

BEATA VIEJA

(escupiendo saliva)

¡Tápate la boca bastardo! ¡A mi niña no la toca un demonio como tú! ¡Mentiroso!

Las beatas murmuran, unas censuran y otras insultan.

BEATA JEFA

¡Silencio! *(Espera a que se callen sus súbditas y a que se calmen los nervios.)* Tendrás tu merecido Bartolo. El Vaticano sabrá de ti, iré hasta el mismísimo Papa y le diré cómo eres y qué haces, las mentiras que dices y las borracheras que coges...

SACERDOTE

De puta madre, dile de paso que me envíe a un par de sus putas, que las de aquí están viejas y sucias.

La crispación renace en las beatas, para morir a un gesto tajante de la beata jefa.

BEATA JEFA

Visto está que... Para qué hablar con este pelele. Vámonos.

El grupo de beatas abandona el despacho del sacerdote. Tranquilizado por el silencio que poco a poco, mientras se aleja el sonido de los pasos de las beatas, se adueña de la habitación, el sacerdote reanuda su tarea de zamparse la mitad de la botella. Bebe un par de tragos y hace una mueca.

SACERDOTE

Mierda. Si esas zorras hablan con cualquiera de mis superiores...
Tendré que ir con ellas, al final tendré que ir... ¿Con ellas?

De un salto se pone en pie y sale del despacho para entrar en un cuarto trastero.

INT. CUARTO TRASTERO

Una moto llena de polvo descansa entre mil trastos inútiles. Escondido entre la mugre, yace la figura ovalada del sidecar que acompaña a la moto. El sacerdote quita una sábana que cubría un lienzo con la imagen de un santo del pueblo y limpia con ella el polvo de la carcasa de la máquina.

SACERDOTE

Espero que todavía arranque.

Colgadas del acelerador hay unas gafas de aviador que el sacerdote coge, desempolva, y se pone.

SACERDOTE

(riendo)

Me siento como cuando tenía veinte años y vine aquí con esta moto. Tenía tan pocos planes y tan poco futuro por delante... Al menos ahora sé qué hacer... El vago, sí, ¿y qué?

Montándose en el asiento de la motocicleta el sacerdote recuerda –se ve en su mirada– tiempos pasados, que no mejores.

SACERDOTE

Con el hambre que pasé, volver a tener el estómago vacío por culpa de esas metomentodo... Aún me queda dignidad... ¿Y la botella? *(Mirando a su alrededor, desesperado.)* ¡Y LA BOTELLA!

INT. COCINA DE CASA DEL CACIQUE

Un rectángulo estrecho, angosto, con una barra de madera sobre la que hay un jamón serrano y un cuchillo con el que el cacique corta lonchas y se las come. Una ventana al final ilumina la estancia, dejando a

contraluz la diminuta silueta del cacique. Lllaman a la puerta. Sin prisas, el cacique corta un trozo más, se lo mete en la boca, y se dispone a abrir.

INT. PASILLO DE CASA DEL CACIQUE

Comunica la cocina con la puerta de entrada, el despacho del cacique y el salón principal de la casa, desde el que se parte, en tres puertas simétricas, a los dormitorios, lavabos y otras habitaciones de la casa. Al pasar por delante del despacho el cacique oye ruido de objetos cayendo, rasgueo de telas, y alientos jadeantes. Está abriendo la puerta del despacho cuando la de la calle se abre y entran las beatas.

BEATA JEFA

Con su permiso... Estaba abierto.

El cacique la mira desconcertado. Durante estos segundos de despiste la puerta del despacho, girado el pomo y abierta, se va deslizando perezosamente hasta dejar a la vista la lujuriosa visión de Josele haciendo el amor con las dos hijas del cacique, ELISA y MARTA. Por el rabillo del ojo el cacique intuye qué está sucediendo encima de su escritorio. Siguiendo la dirección a la que apuntan las pupilas del cacique las beatas, que se han adentrado en la casa con sobrada confianza, ven a Josele sosteniendo los muslos de Elisa mientras la penetra y a Marta besándole el peludo pecho. Ninguno de ellos es consciente de que les están mirando, tan absortos están en su tarea.

CACIQUE

¡Qué demonios pasa aquí!

BEATA JEFA

¡Un respeto! Venimos a por el donativo que nos prometió para el viaje.

CACIQUE

(empujando a la beata jefa con un brazo mientras entra en su despacho)

¡Apártese, cojones!

BEATA JEFA

¡Habrás visto!

El trío de amantes se ha dado cuenta al fin de la presencia del cacique. Josele se sube los pantalones al tiempo que rodea la mesa. Elisa y Marta se visten a toda prisa. Desde la puerta, sonrisa maliciosa en la cara, cotillean las beatas.

CACIQUE

¡Fuera de mi casa! ¡Te voy a matar!

Josele, sin decir esta boca es mía y haciendo gala de una asombrosa agilidad, esquiva al cacique y sale del despacho rozando a la beata jefa.

CACIQUE

¡Espera que te voy a enseñar cómo aprietan mis manos! ¡Hijo de la grandísima puta! ¡Vas a tener garrote vil!

Siguiendo a su presa e ignorando a las beatas el cacique sale del despacho, deteniéndose sólo un segundo para gritar a sus hijas:

CACIQUE

¡En cuanto a vosotras ya hablaremos! ¡Ay, cuando se entere vuestra madre!

BEATA JEFA

(cogiendo al cacique justo cuando había reemprendido su persecución)

Venimos en mal momento, parece, si hiciera el favor de darnos el donativo nos iríamos...

CACIQUE

¡Suélteme!

BEATA JEFA

(haciendo un supremo esfuerzo para sostener al cacique)
El donativo.

CACIQUE

¡Una hostia te voy a dar si no me sueltas! ¡Y sin consagrar, puta de los cojones!

Pese a que la beata sigue usando todas sus fuerzas para retener al rabioso renacuajo en que se ha convertido el cacique su esfuerzo es en vano. La camisa del cacique se rompe y la persecución se reanuda.

EXT. CALLE, DELANTE DE LA CASA DEL CACIQUE – TARDE

Al cruzar la puerta el cacique se detiene. No hay ni rastro de Josele. Detrás suyo, murmurando críticas, salen una tras otra las beatas y se dirigen al autobús, aparcado frente a la casa del cacique.

CACIQUE

(gritando a los cuatro vientos)

¡Sal de donde esté! ¡Ven, cobarde!

INT. AUTOBUS DE LAS BEATAS

La beata jefa entra la primera y su boca crea un o de asombro. Medio desnudo, en los asientos posteriores del autobús, agazapado, está el sátiro Josele.

JOSELE

(pronunciando las sílabas en voz baja)

Ayúdeme, me quiere matar.

Una sonrisa deshace la o en la boca de la beata jefa. Ha llegado la hora de su venganza. Sin decir nada se sienta junto a Josele y se pone un dedo vertical sobre sus labios en gesto de silencio. Las demás beatas, mientras entran, ven la señal de su jefa y no dicen nada. Desde las ventanas del autobús puede verse al cacique, desesperado, gritando a Josele y moviéndose en círculos, corriendo de un lado a otro de la calle con la inútil esperanza de dar con Josele. En menos de diez segundos el motor está en marcha, el autobús se aleja y la figura del cacique empequeñece, si cabe, aún más.

EXT. PORTAL DE LA CASA ABADÍA – TARDE

Llamando al portal está el alcalde. Unos pasos cansinos indican que alguien se dispone a abrirle. Tras una larga espera el portal se desliza hacia atrás dejando ver a el sacristán quien con la mano libre sostiene un bocadillo de chorizo.

ALCALDE

Vengo a ver a tu patrón.

Impasible, el sacristán da un mordisco al bocadillo antes de responder.

SACRISTÁN

Se ha ido.

ALCALDE

¿Ido? ¿Adónde?

SACRISTÁN

Al frente creo, a dar la extremaunción a los moribundos, creo que me dijo.

ALCALDE

(mostrando una breve sonrisa)

Se nos ha adelantado. ¡Bien por él!

El sacristán, ajeno al comentario, da otro mordisco al bocadillo y cierra el portal. El ronroneo de un motor cansado avisa al alcalde a tiempo de apartarse de la calzada. Es el autobús de las beatas que sale del pueblo. En el parabrisas trasero, por un instante, se dibuja la mitad superior de Josele. Incrédulo, el alcalde regresa tras sus pasos en dirección a la casa del cacique.

PRIMER PLANO DE LA CARA DEL SACERDOTE

Lleva puestas las gafas del aviador, los cristales sucios de polvo y cargados con el peso de cientos de insectos muertos. Su gesto es decidido.

SEGUNDO PLANO DEL SACERDOTE CONDUCIENDO SU MOTOCICLETA

Cubierta del polvo de la carretera y sorteando baches, la motocicleta avanza a gran velocidad.

EXT. DELANTE DE LA CASA DEL CACIQUE – TARDE

Sentado en el porche, la derrota impresa en sus facciones, el cacique se lamenta por sus hijas y por no haber cazado a Josele. Un silbido precede a la llegada del alcalde.

ALCALDE

(mientras toma asiento al lado del cacique)

¿Qué sucede?

CACIQUE

(tras una larguísima pausa)

... Qué más da que te lo cuente, las beatas les vieron, pronto lo sabrá todo el pueblo... He descubierto a mis hijas yaciendo con el Josele.

ALCALDE

¿Bromeas, no?

CACIQUE

Estoy por partirle la cara a alguien, ¿recibes el mensaje?

ALCALDE

Calma, estoy de tu parte.

CACIQUE

Si es así cállate. Necesito pensar.

ALCALDE

Apenarte es inútil. Somos hombres de acción. Anímate, lo del falso milagro nos ha salido que ni pintado... ¿No te hace feliz? Mi padrastro, su abuelo fue carlista, decía que en las posguerras siempre se pasa hambre. Imagínate. Cuando en la capital no tengan ni mendrugos de pan para comer nosotros nadaremos en dinero, Linares será el Lourdes español. Lo mires como lo mires nos ha salido bordado. ¿No te animas?

Silencio por parte del cacique.

ALCALDE

Te contaré un secreto... Mi hija mediana, Marisa, aquí piensan que murió en un accidente de coche en Madrid. Mentira cochina. Supe por una amiga de mi Mariluz que se acostaba con un don nadie sin estar casada. Y la metí en un convento. Haz lo mismo con tus hijas.

Por vez primera, el cacique repara en la presencia del alcalde. Le mira a los ojos y se ríe, primero discretamente, luego a carcajada limpia.

ALCALDE

¿Te burlas de mí?

CACIQUE

Es... Ja, ja... Es que... Ji, ji... ¡Reginaldo, si todos saben que tu hija se fue a vivir con un gigoló a Madrid, y que le pasas una pensión, y que sigue viviendo con el chulo sin estar casada!

ALCALDE

(ofendido)

Muy bonito. Vengo a darte ánimos y te burlas de mí.

CACIQUE

(frenando las risas)

¿Burlarme? Tú que quieres que meta a mis hijas junto a las monjas, salidas como están... Anda, no te enfades ahora tú. No era mi intención ofenderte. Necesitaba reírme, nada más. Me haces bien, amigo. Porque, ¿seguimos siendo amigos, no?

ALCALDE

Mientras no te burles más de mí.

CACIQUE

Perdona, perdona, es la tensión... Mis hijas, el Josele...

ALCALDE

(deseoso de cambiar de tema)

Hablando del rey de Roma, hubiera apostado tus huevos a que iba en el autobús ese de las beatas taradas que se van al frente y luego a Lourdes.

CACIQUE

¿Qué?

ALCALDE

Me ha parecido, sólo me ha parecido...

CACIQUE

No, no ha sido un espejismo amigo mío, las beatas estaban aquí con su dichoso autobús cuando Josele se ha fugado... Todo encaja... Hemos de ir a por ese mal nacido. No descansaré hasta que le cuelgue de los cojones, a ver si así se ríe...

ALCALDE

¿Y la cruz?

CACIQUE

Ningún problema al respecto. Nos viene de camino. ¿No ves que las beatas van al frente?

ALCALDE

¿Y dónde está el frente ahora?

FUNDIDO EN NEGRO

EXT. CALLE DE LINARES – ANOCHECER

El PREGONERO MUNICIPAL, junto con un numeroso grupo de personas, avanza hacia la plaza, cuyas casas se vislumbran ya con claridad. Sus acompañantes se muestran descontentos, enojados, al verse forzados por su pregón a acudir a la plaza por segunda vez en ese día.

PREGONERO MUNICIPAL

... Asistencia obligatoria... Se anuncia, por orden del Ayuntamiento que...

EXT. PLAZA DE LINARES – ANOCHECER

La plaza está atestada de gente. Muchos cargan aún con sus enseres de trabajo (azadas, burros, etc.) pues se han visto obligados a hacer un alto en sus labores para ir a la plaza. El PREGONERO municipal se abre paso entre la multitud recitando los últimos compases de su salmodia.

PREGONERO

... Hoy, a las nueve, habrá un discurso del alcalde en la plaza, asistencia obligatoria... *(Al ver a un par de campesinos que intentan escaquearse.)* ¡DISCURSO DEL ALCALDE EN LA PLAZA, ASISTENCIA OBLIGATORIA!

EXT. BALCÓN DEL ALCALDE – MEDIODIA

Los brazos cruzados sobre el pecho, vestido con las mismas galas que el día de la ejecución, el alcalde se dispone a dar inicio a su discurso del día de reclutamiento.

ALCALDE

Seré breve. Os voy a decir lo que ya sabéis. Un bien natural de Linares, un bien preciado, un bien que nos ha sido dado por la voluntad divina ha sido robado. Hablo, ni más ni menos, que de la cruz milagrosa, la que recogió la sangre que cayó del cielo, la que indultó a vuestro vecino Josele, la que, por qué no decirlo, será el día de mañana el pan de vuestros hijos. Y en ellos pienso cuando os pido que me acompañéis al frente a recuperar lo que nos pertenece. La cruz del milagro. Porque el Señor ha dispuesto que este pueblo sea otro Lourdes y no nos es dado ir contra su voluntad. Y por eso os vuelvo a pedir que aquellos de entre vosotros que se miren su corazón y encuentren en él valentía que den un paso adelante y se unan en nuestra odisea. No seré yo quien os lo agradezca, puesto que no me beneficiaré de ello, serán, repito, vuestros hijos, creciendo en un pueblo próspero en el que la fe le envolverá día tras día, al que miles de peregrinos vendrán a diario para rendir culto justo a la cruz y con su sola presencia la convicción religiosa de vuestra progenie será renovada. No es un asunto monetario, no. ¡Es cuestión de fe!

La última sílaba del alcalde se reproduce en eco. La gente apenas murmura. El alcalde sopesa en sus vecinos el peso de su discurso. Cuando el gentío empieza a alzar la voz el alcalde retoma su discurso.

ALCALDE

¡Un paso adelante los que estén conmigo! Los demás pueden irse...

Una multitud considerable abandona disimuladamente, apoyándose entre ellos, la plaza. Sólo diez personas, todos hombres y de aspecto estúpido marcado a fuego en sus facciones, permanecen inmóviles hasta que el alcalde dice de nuevo.

ALCALDE

¡Dad un paso adelante!

Se sucede un periodo de dudas tras el cual los voluntarios avanzan tropezando los unos con los otros.

ALCALDE

¡Éstos son mis valientes! Partiremos con el amanecer. Cada uno que traiga comida, bebida y dinero y si tiene una escopeta o una pistola o un rifle o el arma que sea también serán bienvenidas. ¿Alguna pregunta?

CAMPESINO VOLUNTARIO 1

¿Nos van a pagar?

ALCALDE

No.

Sin decir nada más el CAMPESINO VOLUNTARIO 1 se va, seguido de otros siete. Quedan dos, los más ignorantes del pueblo, a juzgar por sus expresiones vacías, carentes de inteligencia, aunque de constitución robusta, ISIDRO y VALERIO.

PDV DE SOLDADO REPUBLICANO A TRAVES DE UNOS PRISMÁTICOS
Recortado en dos círculos simétricos se distingue un paisaje mediterráneo en el que, de improviso, aparece el rostro de Jesucristo. Es la estatua manchada de sangre, sin embargo es tal su proximidad al objetivo que parece real.

EXT. TEJADO DE UNA CASA DE TRES PLANTAS – MEDIODÍA

Tumbados sobre el suelo del tejado hay dos soldados republicanos. Uno mira a través de unos prismáticos.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

¿Qué ves?

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Veo a Jesucristo.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

Deja las bromas.

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Es verdad. Estoy acojonado.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

Dame las lentes.

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Aguarda, veo algo más... Sí... ¡Mierda! ¡Cristo está con unos soldados nacionales!

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

¿Qué?

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Aguarda... Seré imbécil...

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

¿Qué? Di...

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Es una estatua. Están zumbados. Llevan una estatua de Jesucristo atada a un coche.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

¿Y para qué iban a hacer eso?

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Lo tendrán de rehén digo yo.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

En todo caso deberíamos informar al jefe del Estado Mayor Koschenko que los nacionales se dirigen hacia su posición.

SOLDADO REPUBLICANO CON PRISMÁTICOS

Informa tú.

SOLDADO REPUBLICANO SIN PRISMÁTICOS

No, yo quiero ver con las lentes, toma la radio.

A regañadientes el soldado republicano con prismáticos se los da a su compañero, coge la radio y presiona el botón de transmisión.

INT. PUESTO DE MANDO DEL JEFE DEL ESTADO MAYOR KOSCHENKO

Cómodamente sentado sobre una silla de cuero, KOSCHENKO lee un libro de Engels. A su lado, el alférez BAÑÓN estudia con atención unos

mapas. Entre los dos, a igual distancia de ambos, hay un equipo de radio.

RADIO

Lentejuela a Cobra uno, contesten, cambio.

KOSCHENKO

(sin apartar su mirada del libro)

Españolito, conteste radio.

Con gesto resignado, Bañón atiende al aparato.

BAÑÓN

Aquí Cobra uno. ¿Qué quieren?

RADIO

Hemos detectado a un batallón del ejército nacional en dirección a su posición. Cambio.

BAÑÓN

¿Cuántos?

RADIO

Esto... No los hemos contado...

BAÑÓN

Haga una estimación, por favor.

RADIO

Ponga que unos cien... O doscientos... Cambio.

BAÑÓN

¿Y cuál era su armamento? ¿Tenían apoyo blindado?

RADIO

Llevaban una estatua de Jesucristo.

BAÑÓN

¿Cómo? Repita.

RADIO

Cargaban con una estatua tamaño natural de Cristo en la cruz.

BAÑÓN

Déjese de estupideces, por favor, y hábleme de su apoyo blindado.

RADIO

No nos hemos fijado. Cambio.

BAÑÓN

Cambio y corto... Tarugo.

Koschenko, al fin, aparta su mirada del libro.

KOSCHENKO

¿Y bien?

BAÑÓN

Eso.

KOSCHENKO

¿Qué ha dicho?

BAÑÓN

Pero, ¿no lo ha escuchado?

KOSCHENKO

Esos equipos de radio de las Américas funcionan fatal, y su idioma darne dolor de cabeza.

BAÑÓN

(suspirando)

Un regimiento nacional se dirige hacia nosotros.

KOSCHENKO

Bien. Prepare a los soldados.

BAÑÓN

¿Y luego?

KOSCHENKO

Cuando termine libro dar nuevas órdenes.

BAÑÓN

Señor Kos...

KOSCHENKO

¡Chist! Despistar Koschenko.

Bañón sale a dar las órdenes pertinentes.

EXT. CAMPAMENTO DEL EJERCITO NACIONAL A LAS AFUERAS DE RINCÓN DEL ARZOBISPO – MEDIODÍA

Seguimos a Bañón en su paso raudo de tienda en tienda, ejecutando siempre la misma rutina:

BAÑÓN

Aséense y en formación en menos de diez minutos.

En las tiendas vemos soldados cansados, sin afeitarse, sucios, borrachos. Algunos, los únicos que están por la labor de sonreír juegan a las cartas apostando cigarrillos. Incluso encontramos a un soldado durmiendo a la bartola sobre un lecho de cieno más propio de una pira de cerdos. Bañón muestra su disgusto ante tamaña desfachatez con un chasquido de lengua y un comentario ininteligible, aunque comprensible por el tono con el que lo dice. Al alcanzar la última tienda su disgusto se hace mayúsculo. Los soldados aparentemente han desertado.

BAÑÓN

(pregunta a un cabo que pasa persiguiendo a una gallina que se le ha escapado)

¿Dónde están los soldados que ocupan esta tienda?

CABO GALLINERO

Han ido al pueblo. El sargento Ignacio les mandó a por víveres.

BAÑÓN

Querría...

Pero el CABO GALLINERO ya está fuera de su radio auditivo o, directamente, se hace el sordo.

BAÑÓN

A la mierda, iré yo mismo.

Sin abandonar a Bañón nos adentramos en la calle estrecha que da entrada a Rincón del Arzobispo. Las ventanas están echadas por temor al ejército y la poca gente con la que se cruza es esquiva, excepto los niños, que no han perdido su buen humor y le siguen como haría una jauría de perros falderos. Rincón del Arzobispo es pequeño, igual que bajas son sus casas, y muy religioso, lo que conlleva que todas sus calles desemboquen en el mismo sitio: la iglesia del pueblo, donde se encuentran los soldados que han ido a por víveres.

EXT. IGLESIA DEL PUEBLO – MEDIODÍA

Son seis soldados en total y discuten educadamente, dejando que cada vez uno sólo de ellos lleve la voz cantante.

BAÑÓN

¡Oficial presente! ¡FIRMES!

SOLDADO ILUSTRADO

Perdone, capitán, mas nos ha interrumpido en medio de una importante discusión y sería de suma importancia que nos dejara terminar.

BAÑÓN

¿Tú dónde piensas que estás? ¿En la jodida Universidad de Salamanca?

SOLDADO ILUSTRADO

Le presento mis excusas.

SOLDADO TESTARUDO

¡Tú lo que quieres es escaquearte!

BAÑÓN

(intentando no perder la calma)

A ver, ¿qué sucede aquí?

SOLDADO TESTARUDO

Hernández no quiere que quememos la iglesia como mandan los cánones.

SOLDADO PELOTA

¡Para construir hace falta destruir!

SOLDADO ILUSTRADO

¿Qué te ha hecho a ti la iglesia?

SOLDADO PELOTA

¡De pequeño fui acólito! ¡Sé de qué hablo!

SOLDADO ESTÚPIDO

Los alcohólicos siempre dicen la verdad...

BAÑÓN

¿Qué es eso de quemar iglesias? ¿Es que nos va tan bien en la guerra que incluso nos toma tiempo para ir incendiando por ahí?

SOLDADO TESTARUDO

Mi primo Andrés que está en Barcelona dijo a mi hermana, me lo dijo en una carta, que nos corresponde quemar las iglesias que nos encontremos.

BAÑÓN

¿De qué sirve quemar una iglesia?

SOLDADO TESTARUDO

Si no la quemamos no obedeceremos al espíritu de la República. Debemos derribar todos los iconos de opresión al pueblo...

SOLDADO ILUSTRADO

¿Ve con qué memeces he de enfrentarme?

BAÑÓN

Ahora mismo les quiero desfilando delante de mí, el enemigo se acerca.

SOLDADO TESTARUDO

De acuerdo. Y cuando les masacremos volvemos y quemamos la iglesia.

SOLDADO ILUSTRADO

¿Acaso no entiendes que si la quemamos destruimos mucho arte e historia de España?

SOLDADO TESTARUDO

¡Estamos aquí para reescribir la Historia!

SOLDADO ESTÚPIDO

¡Eso!

SOLDADO ILUSTRADO

Cierra el pico Mariano, tú ni siquiera sabes leer.

SOLDADO ILUSTRADO

Esto es arte, no historia, ni historia del arte.

SOLDADO TESTARUDO

No me líes. Es arte sacado de la mentira, la ignorancia y el dolor del pueblo. Con lo que cuesta esta abominación la gente de este pueblo comería un año entero.

BAÑÓN

¡Basta!

KOSCHENKO
(*invisible todavía*)

¿Basta qué?

Bañón y los soldados se giran. Koschenko hace acto de presencia por una calle paralela a la que ha llevado hasta allí a Bañón.

BAÑÓN

Disculpe señor. Esto es casi un motín.

KOSCHENKO

Preguntar yo basta qué.

BAÑÓN

Quieren quemar la iglesia en vez de ir al combate.

KOSCHENKO

Muy bien. Combate primero. Iglesia quemada después.

SOLDADO TESTARUDO

¡A la salud de Lenin!

KOSCHENKO

¿Quién?

SOLDADO TESTARUDO

Le-nin.

KOSCHENKO

No se pronuncia así.

BAÑÓN

Señor, ¿va a permitir que quemen el edificio?

KOSCHENKO

¿Por qué no? Hacer frío de noche.

BAÑÓN

S...

KOSCHENKO

¡Chist! (*Consultando su reloj.*) A luchar.

BAÑÓN

(*resignado*)

Ya han oído. Formen, delante de mí. Uno-dos, uno-dos.

Cuando los soldados y los oficiales republicanos se han largado el portón de la iglesia se abre y salen dos mujeres de mediana edad vestidas de negro, NURIA, la mujer del alcalde, y DOLORES, una amiga de confianza.

NURIA

Habremos de hacer algo. No nos van a incendiar la iglesia esos bárbaros.

DOLORES

Si supiera qué hacer.

NURIA

Algo se andará, dame tiempo...

DOLORES

Depende de ellos Nuri, has oído, esta noche...

NURIA

Antes habré ideado algo.

Dos ancianas se cruzan con Nuria y Dolores.

NURIA

Venid con nosotras.

ANCIANA 1

Hemos de dar de comer a ya sabes quién.

NURIA

Por una comida que se salte no va a morir.

ANCIANA 2

Más tarde iremos, ¿adónde?

NURIA

Venid ahora o voy y digo al ruso que tenéis escondido al sacerdote en el sótano de la iglesia.

ANCIANA 1

¡No grites! Iremos.

EXT. TRINCHERAS DEL FRENTE REPUBLICANO EN LAS AFUERAS DE RINCÓN DEL ARZOBISPO – TARDE

Los republicanos esperan a los nacionales camuflados entre los sacos de tierra que de todas formas delatan su posición. Nadie habla, los fusiles apuntan en los resquicios que quedan entre saco y saco. En el túnel excavado detrás de las trincheras, Koschenko dormita, mientras Bañón traza rayas incomprensibles en un mapa arrugado. El silencio se hace cada vez más tenso, hasta que una serie de explosiones de diversa magnitud, procedentes del interior de Rincón del Arzobispo, sacan al ejército de su ensoñación.

KOSCHENKO

(sin abrir los ojos, medio dormido)

Atacan por la retaguardia. Vayan allí y luchen, yo he de reponer fuerzas.

BAÑÓN

¿Y a quién atacan si estamos aquí?

KOSCHENKO

Dar igual, ir y luchar.

BAÑÓN

(a un sargento que está sentado a su lado)

Haga que formen los soldados y guíelos hasta el pueblo. Máxima precaución que no disparen si no es al enemigo.

SARGENTO

¡En formación de dos! ¡A paso ligero hasta el pueblo!

La orden es obedecida. Los soldados, rifle en mano, saltan los túneles alejándose de las trincheras.

EXT. DELANTE DE LA IGLESIA – TARDE

Los vecinos del pueblo acuden tímidamente a averiguar cuál es la causa de las explosiones que se expanden desde la iglesia a todas y cada una de las calles de Rincón del Arzobispo. Ninguno es capaz de acertar en sus hipótesis, y el estruendo de los petardos, pues ése es el origen de las explosiones, impide cualquier tipo de comunicación. Cada vez la cantidad de gente apiñada es mayor. Desde un rincón Nuria sonrío satisfecha, adivinando que pronto vendrá el ejército republicano y su plan seguirá adelante. Poniendo cara de perplejidad de inmediato para que nadie sospeche, mira hacia el tejado de la iglesia.

EXT. TEJADO DE LA IGLESIA – TARDE

Dolores enciende petardos de grueso calibre mientras las dos ancianas que cuidan del sacerdote tratan de hincharse, alternándose, un bulto informe que a medida que se va hinchando adquiere la forma de una muñeca hinchable. Junto a ellas descansa una caja con texto en alemán y una bombona que ninguna se decide a usar. Dolores, al verlo, se toma una pausa en su labor pirotécnica y va hasta donde están las dos ancianas.

ANCIANA 1

Este artilugio es diabólico.

ANCIANA 2

(deteniéndose en su tarea de soplar para hinchar)

Y asqueroso, y sabe a demonios.

DOLORES

Ese engendro es del hermano de Nuria, se lo trajo de Alemania cuando fue con la División Azul, no es más que una muñeca a tamaño natural. Y debéis utilizar ese gas. Es helio y es también alemán, se emplea para elevar los Zeppelines.

ANCIANA 1

De Alemania, mentira, vete a saber de dónde lo habrá sacado...

ANCIANA 2

Quién lo hubiera pensado, con lo buen chico que parece el hermanito de Nuria, ni quiero pensar para qué usará esta perversión.

DOLORES

Exacto. No es de su incumbencia y no se lo voy a decir.

ANCIANA 1

Como si quisiéramos saberlo.

ANCIANA 2

Me es igual.

ANCIANA 1

Anda que a mí.

DOLORES

Utilicen el gas y callen.

ANCIANA 1

Nosotras no tocamos esas cosas.

DOLORES

¿Pueden tirar ustedes los petardos?

ANCIANA 2

A mí me gustan.

ANCIANA 1

Anda que a mí.

DOLORES

Tomen las cerillas y tengan cuidado.

ANCIANA 1

¿No nos harán nada los soldados?

DOLORES

No. Y daos prisa, hemos de ponerle el traje.

ANCIANA

(dejando caer delante de Dolores un traje blanco y rojo de monaguillo)

Aquí está.

EXT. DELANTE DE LA IGLESIA – TARDE

Los soldados han provocado la fuga de muchos de los allí reunidos. Aquellos que no se han ido han sido arrinconados junto a las fachadas de las casas que circundan la iglesia. Bañón, indeciso, se pasea sin rumbo fijo, mirando desafiante a los civiles. La gente sigue hablando, mezclándose sus conversaciones con el ruido de la traca, combinación que da lugar a un sonido ciertamente molesto. Por fin Bañón se decide a sacar su pistola y disparar dos balas a las nubes sin éxito: los disparos han ensordecido víctima de la pirotécnica. El sargento Morales emerge de la iglesia. Desde su discreto rincón, Nuria observa con atención la conversación.

BAÑÓN

¡Sargento! ¿Ha averiguado dónde están disparándose?

SARGENTO

Arriba de la iglesia. La puerta está cerrada, no he podido derribarla. Si me da su permiso, cuatro hombres y un ariete pondré fin a este escándalo.

BAÑÓN

Llévese más hombres, puede haber muchos nacionales.

SARGENTO

Creo que no hay nacionales. Eso no son balas, son cohetes de feria.

BAÑÓN

¿Me está diciendo que he movilizado a mis efectivos por una chiquillada?

SARGENTO

O un acto de distracción. O de atracción.

BAÑÓN

Koschenko está solo.

SARGENTO

¿Ordeno a los soldados que regresen a las trincheras?

BAÑÓN

(sonriendo para sí)

No... No corre prisa. Koschenko se crió en los Urales, sabe cómo cuidarse.

La traca cesa.

SARGENTO

(dubitativo)

Han parado. ¿Qué hago?

BAÑÓN

Suban, derriben la puerta y saquen a los niños que han armado este escándalo antes de que vuelvan a empezar.

El sargento se cuadra y hace el saludo militar a Bañón. Nuria entiende que ha llegado el momento de intervenir.

NURIA

¡Señor militar jefe! ¡Señor militar!

Bañón, cohibido por la belleza desarmante de Nuria, le presta toda su atención.

NURIA

¡Mire al sol! ¡Al sol!

Bañón y casi todos los soldados, hipnotizados por las curvas de Nuria, cumplen sus órdenes. Sin embargo no pueden resistir la visión del astro, sus ojos les arden. Exceptuando a los más crédulos, la mayoría deja de mirar al sol, hallándose Bañón entre los segundos.

BAÑÓN

(sobreponiéndose al rubor que le causa Nuria)

Señorita, no sé qué pretende con este truco tan viejo, déjeme decirla que...

SOLDADO ENTUSIASTA

¡Mirad! ¡En el cielo! ¡Es la virgen María!

Encima del tejado de la iglesia se eleva la muñeca hinchable, a una distancia suficiente como para poder ser confundida con una persona de carne y hueso, más aún al estar a contraluz.

BAÑÓN

¡Silencio y dejen de mirar al sol! Es no es más que las visiones provocadas por la sobreexposición a los rayos solares.

SARGENTO

No, señor, es un cuerpo humano femenino que se aleja... Volando.

BAÑÓN

¿Qué?

SOLDADO ENTUSIASTA

¡Es un milagro!

EXT. CERCANÍAS DE RINCÓN DEL ARZOBISPO – TARDE

El capitán encabeza la partida a lomos de su fiel caballo. Soldevilla le secunda al volante de un jeep, seguidos del grueso del pelotón.

SOLDEVILLA

Hubiera jurado que oía disparos.

CAPITÁN

Yo también. Y no jures en vano zoquete. Saca el catalejo y mira si hay un destacamento de rojos en esa aldea, yo no puedo, el ojo me escuece.

SOLDEVILLA

Debería ir a que se lo mirara un médico.

CAPITÁN

Haré lo que tenga que hacer cuando tenga que hacerlo. Mira. Otea.

Soldevilla extrae unos prismáticos de la guantera de su jeep y espía cuidadosamente las inmediaciones de Rincón del Arzobispo.

SOLDEVILLA

Nada... Nada... Nada... Sí... Trincheras...

CAPITÁN

Podrían estar abandonadas. ¿Ve milicia?

SOLDEVILLA

No... No... Sí, es un oficial de alto grado, está leyendo...

CAPITÁN

¿Y sus pupilos? ¿Dónde están?

SOLDEVILLA

Está solo.

CAPITÁN

Iremos y le cogemos.

SOLDEVILLA

Podría ser una trampa.

El capitán medita.

CAPITÁN

Sí, cabe esa posibilidad.

SOLDEVILLA

Cabe no. Es segura. Estoy viendo transporte blindado y seis camiones. Está camuflado pero no tanto como para pasar desapercibido a un escrutinio atento... Los soldados podrían estar en cualquier parte.

CAPITÁN

(sopesando pros y contras)

Nos largamos. Cagando leches. Por una vez tienes razón en tu vida, Soldevilla.

SOLDEVILLA

¿Huimos del enemigo? ¿No sería mejor cogerles desprevenidos?

CAPITÁN

Necio. Son ellos quienes quieren cogernos desprevenidos a nosotros. Y has contado seis camiones, más de cien soldados, y cuentan con transporte blindado. No. Mi misión es ir al frente, no perder el tiempo en escaramuzas.

SOLDEVILLA

Usted mismo. ¿Qué hacemos?

CAPITÁN

Rodearemos el pueblucho.

EXT. DELANTE DE LA IGLESIA – TARDE

Bañón, la mano haciendo de visera en su frente, sigue el lento peregrinar de la figura femenina que se eleva de la iglesia.

BAÑÓN

¿Qué es eso?

SARGENTO

Parece un monaguillo volando.

ESPECTADORA DEVOTA

¡Es la virgen! ¡La virgen!

SARGENTO

La virgen viste con otras galas.

BAÑÓN

¿Acaso ha visto alguna vez a la virgen?

SARGENTO

Hombre, en pintura...

Mientras Bañón y el sargento discuten, un campesino ataviado con una bandera rusa y una escopeta se abre paso entre los soldados, que tratan de detenerle en vano.

CAMPESINO COMUNISTA

¡Muerte a la monja voladora!

En menos de diez segundos el CAMPESINO COMUNISTA apunta hacia el cielo y dispara. El tiro es certero. Decenas de perdigones atraviesan el plástico de la muñeca y el objeto cae veloz hacia los espectadores.

CAMPESINO COMUNISTA

¡Viva Rusia! ¡Abajo con las mentiras de la iglesia! ¡España roojaaaa!

BAÑÓN

¡Quítenle el arma!

Una decena de soldados se abalanzan sobre el campesino comunista con la brutalidad de un equipo de rugby, reduciéndolo sin apenas esfuerzo. La muñeca abatida, que sigue su descenso, se posa sobre la cabeza de uno de los espectadores.

ESPECTADOR QUE HA RECIBIDO LA MUÑECA

¡Aah! ¡Me quiere matar! ¡Quítenmela de encima! ¡Por Dios!

NURIA

¡Asesinos! ¡Habéis matado a la virgen!

El ESPECTADOR QUE HA RECIBIDO LA MUÑECA corre en círculos y luego se tira sobre los adoquines como si quisiera apagar su ropa encendida en llamas. Bañón, en un par de saltos, se pone junto a él y tira del plástico hasta dejarlo libre de la muñeca.

BAÑÓN

¿Ven? ¡Plástico! Hemos sido víctimas de un engaño.

SARGENTO

¿Para qué?

BAÑÓN

¡Koschenko! ¡Todos a las trincheras!

EXT. TRINCHERAS DE LOS REPUBLICANOS – TARDE

Koschenko lee plácidamente un libro cuando, de improviso, unos gritos y un repiqueteo constante de zapatos lo liberan de su ensoñación.

KOSCHENKO

¡Demonios!

Un centenar de soldados, capitaneados por Bañón y el sargento, se dirigen hacia él con la furia de una tormenta.

KOSCHENKO

¡Deténganse! ¿Qué ser esto?

BAÑÓN

¡Alto! Que nadie abra fuego. ¿Está bien, señor?

KOSCHENKO

Estaba hasta llegó usted.

BAÑÓN

Los disparos eran una maniobra de distracción. Creímos que el enemigo iría a por usted.

KOSCHENKO

Equivocaron. ¿Dónde está el enemigo?

BAÑÓN

Eso hemos de indagar.

SARGENTO

¡Mire, allí, en el horizonte! ¡Rebeldes nacionales!

KOSCHENKO

¿Vienen hacia aquí?

SARGENTO

No. ¡Huyen!

KOSCHENKO

Coger transporte. Ir, cazarlos.

BAÑÓN

Las órdenes eran esperar aquí, mantener la posición...

KOSCHENKO

Órdenes hacerlas yo.

BAÑÓN

¡Ya han oído! ¡Recojan todo! ¡Nos marchamos!

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA – ANOCHECER

El autobús de las beatas, a escasa velocidad, asciende la montaña entre una humareda de polvo.

INT. AUTOBÚS DE LAS BEATAS

La conductora escruta concienzudamente la carretera. Las beatas conversan en diversos grupos creando una algarabía de discusiones ininteligibles. En los asientos traseros dormita el sátiro, sudoroso por el calor que le invade. Una de las beatas, PENELOPE, le mira con ojos de carnero degollado. El amor, o si no una profunda excitación sexual, se intuye en los ojos de la mujer. Tras asegurarse de que las demás beatas, incluida su compañera, están bien enfrascadas, se desliza de su asiento y se sienta junto al sátiro para, poco a poco, poner su mano sobre la entrepierna del hombre. Despierta antes el pene que el sátiro, apuntando bulto en los pantalones. A medida que la presión de la mujer sobre el miembro viril aumenta los ojos del sátiro se abren. La mujer le resulta atractiva a juzgar por la sonrisa que se dibuja en su cara. Para no ser menos el sátiro pone a su vez su mano en la entrepierna de la mujer, quien no puede evitar un gemido, después del cual mira a sus compañeras atemorizada. Ninguna se ha dado cuenta.

Más tranquila, sigue con la frotación hasta que el sátiro, con la habilidad que da la experiencia, la posee.

FUNDIDO EN NEGRO

PDV DE PENELOPE

Está despertando. Lo primero que ve es a su compañera apoyada sobre el asiento. La censura es patente.

INT. AUTOBÚS DE LAS BEATAS, PARTE TRASERA

Penélope regresa a su asiento. Su compañera, ROSA, furiosa, se levanta y se sienta junto al sátiro. Se repite, con mayor rapidez, el juego de antes, sólo que esta vez, antes de que termine, vez a Penélope y a las dos compañeras de los asientos contiguos mirándoles. Ello no la hace desistir, sino acelerar, con lo que acaba pronto. Una vez en su asiento ve cómo una de las beatas de los asientos contiguos sigue su camino y el de Penélope. Poco a poco el rictus de Penélope y el de Rosa se va suavizando, hasta que se miran con una sonrisa cómplice.

FUNDIDO EN NEGRO

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA – NOCHE

Las luces del autobús apenas iluminan la carretera. La velocidad del autobús desciende hasta detenerse fuera en una improvisada área de descanso.

INT. AUTOBÚS DE LAS BEATAS, ASIENTO DE LA CONDUCTORA

La conductora pone el freno de mano y se gira para ver si las beatas protestan. El asombro asoma por su cara.

PDV DE LA CONDUCTORA

Todas las beatas sonrían satisfechas, estén dormidas o despiertas. Atrás, lejos, el sátiro duerme deshecho, la ropa hecha jirones, su piel cubierta de arañazos.

INT. AUTOBÚS DE LAS BEATAS

La conductora se levanta y da dos palmadas.

CONDUCTORA

Con la poca luz que hay y lo mal que está el camino de noche no es buena idea conducir por estos parajes. Si nadie quiere relevarme pasaremos aquí la noche.

Varias beatas asienten.

CONDUCTORA

(para sí misma)

¿Qué ha pasado?

El entendimiento se abre paso lentamente en su mente. Cuando comprende que el sátiro ha hecho el amor a todas sus compañeras camina hacia el asiento trasero, dispuesta a llevarse su parte.

EXT. CAMINO MONTAÑOSO – NOCHE

Un camión, el del cacique, recorre a gran velocidad el ascendente trayecto salvando las peligrosas curvas. A medida que nos acercamos a él vemos que conduce el alcalde y el cacique hace las labores de copiloto, que consisten en fumar ávidamente un grueso puro. En la parte trasera, expuestos a la intemperie, están congelándose los dos voluntarios.

ISIDRO

Hijos de mala madre, anda que no dijeron nada de viajar así...

VALERIO

Si lo llego a saber antes no digo que sí...

ISIDRO

Cuando pare me vuelvo a casa.

VALERIO

Va, para, arre, ésos nos pegan un par de tiros.

ISIDRO

¿Y qué? Somos más fuertes.

VALERIO

¿Más fuertes que el hierro?

ISIDRO

¿Las balas no son de plomo?

VALERIO

No, las cañerías son de plomo... Sé que voy a hacer compadre.

ISIDRO

¿Qué?

VALERIO

Pinchar una rueda.

ISIDRO

Estás tú que sí, tendrás que esperar a que pare.

VALERIO

Qué va, aprovecharé el empuje de la rueda hacia delante para que se trague mi navaja.

Isidro medita un poco.

ISIDRO

¡Joder, pues no es mala idea!

VALERIO

Si es que... Mira.

Valerio extrae de sus pantalones raídos una navaja descomunal, la abre y, agarrándose con una mano de la cubierta lateral del remolque del camión con un pie en el aire, aseste un brutal navajazo a la rueda. La navaja, en contacto con el caucho del neumático que gira a elevadas revoluciones, sale despedida y se clava en el pecho de Valerio. Muerto al instante, cae en la carretera. Su compañero, con la mejor de las intenciones, salta del camión mientras grita:

ISIDRO

¡Te salvareeeé!

INT. CAMIÓN DEL CACIQUE Y EL ALCALDE

Mientras se enciende un cigarrillo el alcalde pregunta al cacique:

ALCALDE

¿No has oído algo?

CACIQUE

Son esos dos tarugos. Tienen mal dormir.

ALCALDE

Hará frío.

CACIQUE

Están acostumbrados. Sus padres eran mineros.

INT. AUTOBÚS DE LAS BEATAS – AMANECER

El rugido de un motor despierta a la conductora. Entre una humareda de polvo, lanzando salpicaduras de gravilla, pasa el camión del cacique.

CONDUCTORA

¡Ese camión lo conozco! ¡Pertenece a ese cabrón del cacique!

BEATA SOMNOLIENTA

¡Cállate, que aún no ha cantado el gallo!

CONDUCTORA

Chica, aquí, como no te cante una perdiz...

INT. CAMIÓN DEL CACIQUE

Visiblemente agotado, el cacique conduce y el alcalde duerme; se han debido de turnar en algún momento de la noche para ganar tiempo. Por unos momentos la paz del sol naciente embriaga al cacique y casi se siente en paz a juzgar por el escalofrío de bienestar casi beatífico que le recorre. Como para dar al traste con su descanso, una rueda estalla y el volante deja de responder a sus órdenes. El cacique pisa el freno a fondo y da un par de volantazos hasta que el camión se empotra contra una piedra que sobresale de la montaña. Justo cuando el alcalde despierta, al golpearse contra el limpiaparabrisas, el cacique pierde el conocimiento al chocar contra el volante. Transcurridos unos segundos que el alcalde aprovecha para comprobar si está herido, el cacique recupera la consciencia.

CACIQUE

¿Esto bien?

Ambos están ahora palpándose en busca de huesos fracturados, mirándose en el retrovisor para ver el tamaño de sus respectivos chichones y respirando con furia por el imprevisto accidente.

ALCALDE

¿Cómo te has accidentado?

CACIQUE

Ha reventado una rueda... Y no tenemos de recambio.

ALCALDE

De nada nos serviría, el morro debe estar destrozado, lo que no comprendo es como estamos vivos.

CACIQUE

Porque vamos en una misión de Dios.

ALCALDE

¿Sí? ¿Entonces quién ha reventado la rueda?

CACIQUE

El diablo.

ALCALDE

O un clavo.

Trabajosamente salen del camión.

EXT. ZONA DEL ACCIDENTE DEL CAMIÓN – AMANECER

Da una patada a la rueda delantera derecha el alcalde. El cacique se lo toma con filosofía, sentándose en el suelo y esperando a que ocurra un milagro.

ALCALDE

¿Qué haces? Hemos de hacer algo.

CACIQUE

Paciencia, todo se hará.

ALCALDE

(dirigiéndose hacia la parte trasera del camión)

¡Despertad, vagos! ¿Eh, dónde están?

El cacique y el alcalde miran asombrados el remolque vacío.

CACIQUE

Habrán bajado a mear. ¿Cómo se llaman?

ALCALDE

Mira... No hay nadie en los alrededores. Esos se han bajado hace rato.

CACIQUE

La gentuza de pueblo no es de fiar, si es que te lo digo yo.

ALCALDE

Ni un duro les vamos a pagar.

CACIQUE

¿Ah, que tú pensabas pagarles?

ALCALDE

No, hombre, eran voluntarios. Lo que digo es que cuando recobremos la cruz y el dinero entre a espuestas no verán ni una perra.

CACIQUE

Faltaba más.

ALCALDE

¡Digo!

El viento sopla y el polvo los cubre, haciéndoles invisibles. Cuando el polvo se dispersa el sol ha avanzado en el cielo el equivalente a dos horas, el alcalde y el cacique están recostados en el arcén, sus espaldas apoyadas en la montaña, somnolientos. Un ruido de motor en sus estertores les reanima.

ALCALDE

¡Se acerca un auto! ¡Vamos!

Más lento el cacique se levanta y se sube los pantalones.

CACIQUE

Ponte en mitad de la carretera o no parará.

ALCALDE

¿Y si no para?

CACIQUE

Habrás muerto por una buena causa.

ALCALDE

Tengo una idea mejor.

Entra el alcalde en el camión y sale con una carabina con la que apunta al autobús. A medida que se aproxima el vehículo el sudor del alcalde aumenta. En un par de ocasiones separa su mano del gatillo para secarse la frente. El autobús está muy cerca y no hace mención de frenar, por lo que el alcalde dispara a una de las ruedas y falla. Al segundo disparo se deshincha el neumático, el autobús frena derrapando y se detiene a pocos metros del alcalde. Sin dejar de apuntar al autobús el alcalde camina hasta la puerta, da un par de patadas y le abren.

CONDUCTORA BEATA

¡Deberían encerrarle! ¡Salvaje!

ALCALDE

¿Ustedes?

CONDUCTORA BEATA

Por poco. Nos pagará la rueda y el susto, para empezar.

El cacique aparece detrás.

CACIQUE

Cállese. Les requisamos el vehículo.

CONDUCTORA BEATA

¿En nombre de quién?

CACIQUE

De mis cojones, ¿le basta?

CONDUCTORA BEATA

No sea maleducado.

ALCALDE

No podemos dejarlas aquí.

CONDUCTORA BEATA

Es que no les vamos a dejar subir. Nos cambiarán la rueda, nos pagarán por las molestias y seguiremos.

CACIQUE

(al alcalde)

Sube y mira por...

Antes de que termine de hablar una sombra les empuja y sale corriendo del autobús. Es el sátiro Josele.

ALCALDE

¡Sabía que le había visto!

CACIQUE

(corriendo tras el sátiro)

¡Ayúdame a cogerle!

ALCALDE

Yo me quedo por si intentan huir.

CONDUCTORA BEATA

¿Con una rueda pinchada?

EXT. BARRANCO – MAÑANA

Josele baja trompicones, detrás suyo el cacique, hasta que el segundo resbala y cae rodando como una bola de nieve. En breve Josele desaparece en la distancia. Para cuando el cacique se reincorpora no queda rastro del sátiro. Duda unos instantes y vuelve al autobús.

EXT. MONTAÑA, DELANTE DEL AUTOBÚS – MAÑANA

El alcalde está cambiando la rueda reventada por su disparo. La jefa de las beatas está almorzando junto a tres de sus compañeras. Al ver al cacique de nuevo pone cara de asqueada. El cacique le devuelve el cumplido.

CACIQUE

Tienes alma de peón.

ALCALDE

Aseguran que no saben.

CACIQUE

Lo que no tienen es ganas de trabajar. Al menos nos llevarán sin rechistar, ¿o no?

ALCALDE

Veas.

CACIQUE

¿Y tú fusil?

ALCALDE

Guardado en el camión, cerrado con llave, por si acaso.

EXT. BOSQUE EN LAS INMEDIACIONES DEL BARRANCO – MAÑANA

Como alma que lleva el demonio Josele corre dándose contra las ramas de los árboles. Falto de aliento, se detiene y otea el horizonte para ver si su perseguidor todavía le sigue. Ni rastro. Más tranquilo, se deja caer sobre la hierba mientras se recupera. Poco a poco sus ojos se cierran y en la entrepierna de sus pantalones se forma un bulto. Ha empezado a soñar.

PDV DE JOSELE

Alza los párpados con pereza. Se escucha a una cabrita berreando. Está rodeado de cabras. Busca al pastor sin encontrarlo. Se incorpora y mira hacia el bulto que asoma en su bragueta.

EXT. BOSQUE EN LAS INMEDIACIONES DEL BARRANCO – TARDE

Habr  unas veinte ovejas pastando. Josele se acomoda sus partes y pasea entre ellas.

JOSELE

Necesito una mujer... Una mujer...

Una oveja le mira con curiosidad. Una sonrisa estira los labios de Josele.

JOSELE

(adquiriendo un semblante serio)

No, todavía no muchacho... Resiste.

DETALLE DE LA CARA DEL SACERDOTE

Las gafas est n tan cubiertas de insectos que apenas puede ver la carretera. Continuamente escupe pedazos de los insectos que se ha tragado. Su barba ha crecido de tal manera que su apariencia de beodo pacífico ha sido sustituida por un rostro más agresivo y decidido.

EXT. CARRETERA ANTES DE LA MONTAÑA – ANOCHECER

La motocicleta del sacerdote avanza a velocidad temeraria, sin apenas frenar en las curvas, alzando tras de sí una nube de polvo. Cuando est  a cien metros de ascender la montaña, detiene la motocicleta y mira hacia el valle que se extiende a su derecha.

PDV DEL SACERDOTE

En la zona más fértil del valle, unas hogueras y sus correspondientes columnas de humo delatan la presencia del ejército nacional comandado por el capitán. Es la hora de la cena.

EXT. CARRETERA CERCA DE LA MONTAÑA – ANOCHECER

Aparta la mano que est  usando como visera y aparca la motocicleta, para luego camuflarla con ramas de arranca de árboles y arbustos secos. Después desciende hacia el valle sigilosamente.

EXT. COLINA – ATARDECER

La cruz se recorta contra el sol de la tarde, el capitán está sentado en un jeep estadounidense junto a Soldevila. Los soldados se mantienen a

una distancia prudente. Suavemente el capitán posa su mano derecha en el hombro de Soldevila.

CAPITÁN

Las fuerzas cósmicas por fin se alían a nuestro favor. Contemple, Soldevila, contemple... Cuanto nos rodea formará parte de nuestro bando, y yo espero conseguir una hacienda grande con varias criadas para hacer las labores de la casa y hombres para trabajar la tierra. Eso sí, mantendré a los hombres separados de las mujeres, para que no... ya sabe. Como soy yo el que paga tengo derecho a.... venga quiero mostrarle algo.

El capitán y Soldevila descienden del coche y se acercan al caballo del capitán, que pasta no muy lejos.

CAPITÁN

¿Cómo cree que se puede mantener esto? Si no fuera por los hombres ricos estos animales se extinguirían. Los bienes recaudados en el campo los tiene que gestionar una entidad superior para distribuirla como mejor le venga en gana.

SOLDEVILA

Sí, mi capitán.

El capitán camina hasta quedar detrás del caballo.

CAPITÁN

(mientras palpa las posaderas del purasangre)

Admire el poderío de estos muslos, el poder, como sus amos, fuerte y puro.

El caballo se tira un pedo en la cara del capitán. Los soldados se ríen.

CAPITÁN

Caguen dios y la patria, te voy a pegar un tiro en toda la nuca.

Suenan dos tiros y refulge el anaranjado de las explosiones. El caballo cae encima del capitán.

CAPITÁN

Sáquenmelo de encimaaaaa que me asfixio.

Torpes y lentos los soldados se las ingenian para liberar al capitán del peso del purasangre muerto. Una vez se ha limpiado el uniforme, el capitán mira a su adorado caballo, sin poder impedir que sus ojo sano se anegue en lágrimas de pena.

CAPITÁN

¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué me has obligado a matarte? Eras testarudo, como la mitad de esta España... ¿Entiende ahora Soldevila lo que siempre trato de decirle?

SOLDEVILA

Sí...

CAPITÁN

Si la muerte de este caballo ha servido para inculcarle de una puñetera vez mi credo, entonces no habrá sido en vano... Déjenme solo...

Soldevila y los soldados se retiran. El capitán acaricia las crines del caballo.

CAPITÁN

Descansa Alazán, esta noche los ángeles acunarán tu sueño...

SOLDEVILA

Usted también debería descansar.

CAPITÁN

Por una vez en tu vida te doy la razón. Entierren a Alazán a dos metros de profundidad, que caven todos si es preciso. Estaré en mi tienda. Que nadie me moleste.

Soldevilla contempla entristecido cómo el capitán se aleja apesadumbrado.

EXT. DETRÁS DEL CAMPAMENTO NACIONAL – NOCHE

Oculto por la tupida maleza, el sacerdote espera a que los nacionales, al menos los que no estén de guardia se duerman. Ha tomado una

resolución, que anota en su diario mientras echa tragos a su fiel botella de absenta.

DETALLE DEL DIARIO

La mina desgastada del lápiz escribe:

“Habré de congraciarme con mi rebaño, hacer las paces, si no quiero morirme de hambre. ¿Seré lo bastante hombre como para volver con el rabo entre las piernas? Sí. Porque volveré como un héroe, con la cruz que han robado a mi iglesia, y la gente volverá a quererme, aunque beba”.

La fecha no se ha anota. La mina ya no escribe, se ha consumido.

EXT. CAMPAMENTO NACIONAL – NOCHE

Dos soldados están de guardia. Uno fuma un cigarrillo y echa miradas furtivas a un bulto de tierra.

SOLDADO FUMADOR

Oye, estoy muerto de hambre. ¿Por qué no desenterramos el caballo y nos comemos un par de muslos?

SOLDADO DE GUARDIA

Si nos pillan nos fusilan.

SOLDADO FUMADOR

Mejor que seguir comiendo la bazofia del rancho.

SOLDADO DE GUARDIA

Si quieres cava, yo no diré nada a menos que te pillen.

SOLDADO FUMADOR

Está bien. Tú avísame si viene alguien.

El soldado fumador coge una pala y se pone a cavar mientras el soldado de guardia, en vez de estar alerta ante la llegada del enemigo, vigila la tienda del capitán y la de Soldevila.

EXT. DETRÁS DEL CAMPAMENTO NACIONAL – NOCHE

Aprovechando el despiste de los soldados de guardia, el sacerdote se cuela en el campamento y, con la ayuda de una navaja, crea una

abertura en la tienda más grande, la del capitán, donde supuestamente está la cruz.

PDV DEL SACERDOTE

El capitán, pese a su pesar, visible en sus mejillas sucias en las que se perfila un canal de lágrimas, duerme a pierna suelta. Entre los varios objetos valiosos que rodean al capitán no se halla la cruz.

EXT. DETRÁS DE LA TIENDA DEL CAPITÁN – NOCHE

El sacerdote, decepcionado por no encontrar la cruz donde esperaba, estudia el campamento perplejo, hasta que, encima del jeep de Soldevila, ve la cruz. Sin perder ni un segundo la coge, con tan mala suerte que el freno de mano del jeep se quita y el coche avanza hacia la tienda del capitán. Indeciso, el sacerdote se debate entre soltar la cruz y frenar el vehículo o salir corriendo con la cruz a cuestas. Para cuando se decide por lo primero el jeep ya está echando abajo la tienda del capitán. El soldado de guardia dispara su fusil para advertir a sus compañeros del inminente ataque del enemigo.

SOLDADO DE GUARDIA

¡Alerta! ¡Nos atacan!

INT. TIENDA DEL CAPITÁN MEDIO DERRUMBADA

Semicubierto por la lona de la tienda, el capitán se levanta y, a través del agujero que ha practicado el sacerdote, ve a éste todavía debatiéndose con la cruz en sus manos.

CAPITÁN

¡Cabrón! ¡Suelta eso!

El sacerdote le mira perplejo, preguntándose si se refiere a él.

CAPITÁN

¡Tú, sí, tú! ¡Deja esa reliquia! ¡Pertenece a Espaaañaaa!

Los gritos del capitán provocan un efecto contrario al deseado. Soldevila entra en la tienda, elevando la lona para abrirse paso hasta el capitán.

CAPITÁN

(señalando al sacerdote que huye)
¡Cagando leches! ¡Mande a diez hombres tras él! ¡El resto que desmonte el campamento!

SOLDEVILA

¿Nos vamos?

CAPITÁN

No, sólo son ejercicios gimnásticos. ¡Venga, zopenco!

Soldevila desaparece. El capitán se viste a toda prisa. Menos de medio minuto después, a través del agujero en la tienda, el capitán ve a los diez soldados corriendo tras el sacerdote y la cruz.

EXT. BOSQUE DETRÁS DEL VALLE – NOCHE

Esquiva un árbol, luego otro, teniendo cuidado el sacerdote de que no se enganche la cruz. No puede correr muy rápido. Ya oye detrás los pasos de sus perseguidores. Sube con dificultad la pendiente hasta pisar la carretera. En el arcén, todavía camuflada, descansa su motocicleta. Ajusta la cruz en el sidecar. Comprueba que no se caerá. Arranca la moto y sale disparado. Los soldados, desde debajo de la pendiente, disparan sin saber adónde.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA – AMANECER

La motocicleta del sacerdote asciende con increíble potencia. La cruz sigue en el sidecar. Ocasionalmente el sacerdote mira hacia atrás para cerciorarse que sus perseguidores no le dan alcance. Una idea cruza su cabeza. Frena la motocicleta.

SACERDOTE

Mierda, voy en dirección contraria... ¿Qué hago? ¿Qué hago? Jesús, ¿qué hago? Mira la cruz. Sí, ya. Subes la montaña, la bajas y das media vuelta. Si vuelves te fríen. Me cago en el Vaticano, estos chicos no son de fiar.

Echa un trago a la botella de absenta y acelera. La moto desaparece entre la polvareda.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA – AMANECER

En el jeep van el capitán y el conductor, Soldevila.

CAPITÁN

¿Es que ese cabrón vuela o qué?

SOLDEVILA

Le dije que se habría escondido. Deberíamos volver tras nuestros pasos, si estuviera delante con el rato que vamos buscándole le habríamos dado alcance.

CAPITÁN

No. Si le hubiéramos rebasado lo habría olido. Los sacerdotes huelen a incienso.

SOLDEVILA

¿Era un sacerdote?

CAPITÁN

Era el sacerdote de Linares.

SOLDEVILA

¿Por qué no me lo había dicho antes?

CAPITÁN

Carece de importancia, es indiferente quién sea, importa lo que se lleva. ¿Ent... ¡Mírale! ¡Ja! Premio. ¿Qué te había dicho?

SOLDEVILA

Voy a máxima velocidad.

CAPITÁN

Haz señales a los del mortero, que le disparen.

SOLDEVILA

¿Desde un vehículo en marcha? ¿Se ha vuelto loco?

CAPITÁN

Que disparen.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA, MOTOCICLETA DEL SACERDOTE –
AMANECER

Sorteando curvas el sacerdote asciende. Un proyectil de mortero explota delante. Lo sortea. Otro proyectil explota a su derecha salpicándole de piedras y tierra.

PDV DEL SACERDOTE

De un manotazo limpia la tierra de los cristales de sus gafas. A medio kilómetro se ve un rebaño de ovejas con lo que parece un pastor. Sólo que el pastor es Josele, y está montando a una oveja.

EXT. PASTOS DE LAS OVEJAS – AMANECER

Josele, preso de la excitación sexual, los pantalones bajados y la camisa arremangada, se mueve adelante y atrás, sujetando con las manos la lana de la oveja. Se detiene para escupir en su mano y lubricar y luego continua ajeno a todo cuanto no sea el acto sexual, hasta que un proyectil de mortero cae sobre una de las ovejas destrozándola por completo. Las demás ovejas, incluida la que estaba montando, huyen despavoridas. Josele se sube los pantalones y sigue corriendo al rebaño. A su izquierda pasa el sacerdote en su motocicleta.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA, MOTOCICLETA DEL SACERDOTE – AMANECER

Un proyectil explota muy cerca de la moto. Para templar los nervios el sacerdote saca la botella de absenta con la mano que no sostiene el acelerador y echa un trago. La botella está vacía, así que la tira a la carretera.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA, JEEP DEL CAPITÁN Y SOLDEVILA – AMANECER

La botella de absenta impacta contra el parabrisas rompiéndolo. Soldevila da un volantazo. Los vehículos que van detrás frenan, chocando entre ellos. Los soldados del mortero disparan involuntariamente sin apuntar.

EXT. CARRETERA MONTAÑOSA, MOTOCICLETA DEL SACERDOTE – AMANECER

El sacerdote acelera contento por el éxito del botellazo. Un proyectil silba sobre su cabeza y estalla delante de la motocicleta, creando un bache en el que se hunde la rueda delantera. El sidecar se atranca y

prosigue su camino paralelo al sacerdote, que vuela por encima. Cuando la inercia cesa ambos van a dar contra la montaña. Un motor ronronea a lo lejos; el jeep del capitán ha reiniciado su marcha. Algo más atrae su atención. Es Josele, corriendo en su dirección.

JOSELE

¡Espere! ¡Lléveme!

El sacerdote se levanta ileso y corre hacia la protección del bosque. Josele duda unos instantes antes de sacar la motocicleta del bache y subirse a ella. Ya se ve el ejército nacional acercándose. Mientras avanza, Josele ve al sacerdote saltando arbustos por la montaña.

JOSELE

¡Suba! ¡Dése prisa!

En menos que canta un gallo el sacerdote está sentado en el sidecar abrazado a la cruz. A medida que ganan distancia respecto al ejército nacional la confianza regresa al sacerdote.

SACERDOTE

¡Les vamos a dar esquinazo!

JOSELE

¿Qué hace usted por aquí?

SACERDOTE

(dando palmadas de alegría a la cruz)

Recuperar lo que es nuestro. ¿Un trago?

JOSELE

¡Por qué no!

El sacerdote escarba en el sidecar y encuentra otra botella de absenta, la destapa, bebe con avidez, y la pasa a Josele, quien sigue su ejemplo sin darse cuenta que la carretera se está convirtiendo en una curva. La rueda delantera choca contra una piedra y la cruz cae en la carretera. La motocicleta sigue recto, cayendo al vacío.

EXT. PANTANO AL CINCUENTA POR CIEN DE SU CAPACIDAD –
AMANECER

Resuenan en el eco de las montañas dos gritos masculinos. Dos figuras se perfilan cayendo al agua. El sacerdote y Josele.

EXT. CURVA PELIGROSA DE LA CARRETERA MONTAÑOSA –
AMANECER

Los vehículos del ejército nacional se detienen. Soldevila baja del jeep y coge la cruz.

SOLDEVILA

¿Ordeno que busquen al ladrón?

CAPITÁN

Déjenlo. Llegamos tarde al frente.

Soldevila le mira contrariado; esperaba obtener la respuesta opuesta.

EXT. CAMPAMENTO DE LOS NACIONALES – NOCHE

La mayoría de los soldados nacionales duerme. Los que están de guardia apenas pueden mantenerse despiertos. Aprovechando el despiste general, sombras armadas rodean el campamento.

INT. TIENDA DEL CAPITÁN

La débil luz que viene de las hogueras y las lámparas del exterior ilumina al capitán cuando éste despierta de golpe. Le han despertado los disparos que suenan cercanos y entrecortados. Soldevila entra en la tienda con el semblante serio.

SOLDEVILA

Perdone que le moleste capitán, nos están atacando.

CAPITÁN

¿Los rojos?

SOLDEVILLA

Hay poca visibilidad, pero diría que sí son rojos.

CAPITÁN

Menos bromas. Voy a ver.

Por la rendija de la cremallera de la tienda, el capitán mira al exterior.

PDV DEL CAPITÁN

La matanza es brutal. Los nacionales, completamente rodeados por el ejército republicano, están siendo acribillados a balazos. Encima de un tanque se ve a Koschenko leyendo un libro y comprobando ocasionalmente el devenir de la batalla. Bañón, más involucrado, dispara pistola en mano a cuantos soldados se cruzan en su camino. La rendija se cierra.

INT. TIENDA DEL CAPITÁN

El rostro del capitán ha empalidecido. Soldevila espera sus órdenes con impaciencia.

SOLDEVILA

¿Qué hacemos?

CAPITÁN

La cruz. Hemos de salvar la cruz. Es lo primero.

SOLDEVILA

¡Nos están atacando!

CAPITÁN

Coge la cruz por un extremo, yo cogeré el otro. ¡Es una orden!

Como se le ha mandado, Soldevila alza la cruz por la parte de atrás, y el capitán hace otro tanto por la de delante mientras, con su mano libre, saca un machete y practica una incisión en la tienda, por la que los dos desaparecen.

EXT. DETRÁS DE LA TIENDA DEL CAPITÁN – NOCHE

Corren Soldevila y el capitán pese al considerable peso de la cruz. El ceño de Soldevila está fruncido, le pueden los remordimientos.

SOLDEVILA

Van a morir todos, deberíamos ayudarles.

CAPITÁN

¡Por todos los santos! ¡Son soldados! ¡Es su misión morir por la patria! ¡Y cuando mueran pasarán a ser héroes! ¡Alégrese por esos valientes y preocúpese por salvar este regalo milagroso!

SODEVILA

¿Para qué sirve una cruz?

CAPITÁN

Con ella en el frente seremos invencibles.

SOLDEVILA

¿Y por qué no volvemos y hacemos uso de ella para salvar a nuestro ejército?

CAPITÁN

Eso sería egoísta. La cruz se nos ha confiado para salvar a la patria, no para prolongar la vida de unos soldados cuyo destino ya ha sido sellado.

SOLDEVILA

No lo entiendo.

CAPITÁN

Porque eres tonto. ¡Corre más!

SOLDEVILA

Como se nota que no carga usted con todo el peso.

CAPITÁN

¿Se está insubordinando?

SOLDEVILA

(enfadado)

No, capitán. No.

CAPITÁN

Ah, es que pensaba. Recuerde que sin mí aún seguiría pudriéndose en una vida anodina allá en su ciudad de mierda, cuidando de su mujer y sus hijos, sin ambiciones. ¡Y olvídese de

una puñetera vez de esos mequetrefes! ¡Lo mejor que les podía pasar y que le puede pasar a un soldado, lo más grande, es morir por su patria!

SOLDEVILLA

Si usted lo dice.

CAPITÁN

Ahorre resuello, tenemos un largo camino por delante.

Las nubes cubren la luna. Los dos se adentran por el bosque. El aspecto del entorno es fantasmal. Ninguno habla. No hay niebla, pero es tan densa la vegetación, tanto en los arbustos como en la copa de los árboles, que apenas puede verse nada. Aún así, entre rayos vagos y desperdigados de luna, el capitán y Soldevilla cruzan miradas.

SOLDEVILLA

Esto... Esto sería un buen sitio para esconder la cruz.

CAPITÁN

¡No somos piratas, piltrafa!

SOLDEVILLA

Era una idea...

Animales aúllan a una distancia peligrosamente cercana. La luna se oculta. Los árboles y los arbustos se confabulan para cortarles el paso. Sin embargo, la cruz, obstinada, les empuja hacia delante.

SOLDEVILLA

Esto no es católico... Esto es el reino de los demonios...

Antes de que el capitán pueda responder el bosque se hunde en una ciénaga y esta se prolonga en un lago sin fin. Entre juncos, una barca despunta, casi puesta adrede para que suban.

SOLDEVILLA

¿Subimos?

El capitán deja caer la cruz y sube a la barca. Soldevilla, servicial, arrastra la cruz, coge los remos, y se adentra en el lago oscuro sin

atreverse a preguntar a su capitán cuál es su rumbo. La oscuridad no se los traga, porque, justo cuando empieza a hacerlo, la cruz brilla.

CAPITÁN

No te asustes.

SOLDEVILLA

Apenas tengo miedo. Es un fenómeno natural. Es el fuego de San Telmo.

CAPITÁN

Calla profano. Es una señal divina.

SOLDEVILLA

(tras una pausa durante la que espera una explicación que no llega)
¿A santo de qué? Perdón por la blasfemia...

CAPITÁN

Hijo mío, no tengo ni puñetera idea de por qué el Señor nos ha elegido. Tú sólo piensa. Hemos salido vivos de milagro, llevamos la cruz milagrosa de Jesucristo, estamos en un lago que parecía endiablado, y, para más inri, la cruz brilla. Es un síntoma. Cállate. El síntoma es de otro milagro.

SOLDEVILLA

¿Qué milagro va a ser esta vez?

CAPITÁN

¡Casi das en el clavo! ¡Es el milagro que va a ser!

SOLDEVILLA

Perdone, mi capitán, no le entiendo.

CAPITÁN

De un milagro que todavía no se ha materializado.

SOLDEVILLA

¿Y a qué espera?

CAPITÁN

A que se lo pidamos.

SOLDEVILLA

¿Cómo?

CAPITÁN

¡Calla!

Sucede una pausa. El brillo de la cruz se hace cegador. Soldevilla solamente se guía por el sentido del oído, que le dicta el croar de las ranas. De súbito, la luz cesa.

CAPITÁN

Ya está.

SOLDEVILLA

¿El qué?

CAPITÁN

He pedido mi deseo.

SOLDEVILLA

¿Uno solo?

CAPITÁN

¡Chaval! ¡Tienes razón!

Sin volcar la barca, el capitán se pone de pie, eleva sus brazos hacia el cielo y exclama:

CAPITÁN

¡Discúlpame Señor por ser tan modesto! ¡No quiero ofenderte!
¡Sé que no pides de mí sólo un deseo! ¡Sé que me has elegido
para esto!

Frente al ímpetu del capitán, la barca se tambalea, Soldevilla se agarra a un remo suelto.

CAPITÁN

¡Sí Señor! ¡Escucha a tu modesto y piadoso siervo! ¡Que nuestro
glorioso ejército nacional gane la guerra contra los paganos!

¡Que seamos inmortales e invencibles! ¡Que luchemos bajo tu manto glorioso de paz!

El énfasis que el capitán pone en su discurso hace que la barca se tambalee de tal manera que Soldevilla cae por la borda.

SOLDEVILLA

¡Capitán! ¡Me ahogo!

CAPITÁN

(haciendo caso omiso al grito de socorro de su subordinado)
(Y, en voz muy baja.) Y, mi Señor, si pudieras, si quisieras, te pediría, te pido, por favor, que devuelvas a la vida a mi caballo Alazán. ¡Él era puro! ¡Criatura tan pura como él no encontrarás!

SOLDEVILLA

¡Capitán!

El capitán mira a Soldevilla como si fuera una cucaracha. A través de esta mirada, Soldevilla entiende que no le ayudará.

SOLDEVILLA

¡Señor! ¡Sálveme!

CAPITÁN

(rojo por la ira pese a la oscuridad)
¡Cómo te atreves! ¡Blasfemo! ¡Obligar a Dios a que cumpla tus deseos!

Por si acaso, el capitán rescata a Soldevilla. Una vez su lacayo está a bordo de la barca, el capitán, de nuevo, se levanta.

CAPITÁN

Y, Señor, mi último deseo, que encuentre el amor verdadero.

SOLDEVILLA

(temeroso)

¿Alazán?

La barca choca contra una orilla. Sin decir nada, el capitán alza la cruz, Soldevilla la coge, y los dos abandonan la barca adentrándose de nuevo

en otro bosque. En un horizonte de luz marcado por explosiones, de dibuja la línea del frente.

FUNDIDO EN NEGRO

EXT. RETAGUARDIA DEL FRENTE NACIONAL – NOCHE

Cientos de tiendas desperdigadas a lo largo línea nacional son visibles gracias a unas leves antorchas. Un general cargado de galones y de soberbia sale de una tienda. Su paso es lento, no reposado, a duras penas pone un pie tras otro, tal es su obesidad. Sin embargo, en sus ojillos, se trasluce una inteligencia que supera en peso a su obesidad. Es a ese oficial con quien el capitán y Soldevilla tropiezan cuando llegan con la cruz a cuestas.

GENERAL NACIONAL

¡Alto! ¿Quiénes son ustedes?

CAPITÁN

No importa quiénes somos, sino qué traemos.

GENERAL NACIONAL

¿Más soldados? Nos sobran. Y, por cierto, ¿dónde está su ejército... digamos... su batallón?

CAPITÁN

¿Mi ejército? Mi ejército es éste.

Con la certeza del creyente señala a la cruz que a duras penas sostiene Soldevilla.

EXT. CONVENTO DE MONJES – TARDE

Entre una nube de piedras y arbustos aparece el autobús conducido por el alcalde. La frenada es en seco. Delante de ellos se impone, majestuoso por su altura y patético por su construcción y estado de conservación, un convento de monjes. Las paredes han de ser tan gruesas que cabría calificarlo de inexpugnable.

CACIQUE

Estoy muerto de hambre.

ALCALDE

Algo tengo yo, deberíamos parar a comer.

JEFA DE LAS BEATAS

¿Quién os ha dado vela en este entierro?

ALCALDE

¡Cállese!

JEFA DE LAS BEATAS

¡No! Mando y ordeno que entremos a pedir comida y asilo.

ALCALDE

(tras una pausa entre la cual se ríe)

Así será.

Los ocupantes del autobús bajan.

EXT. EN LAS INMEDIACIONES DE UN CONVENTO DE MONJES –
MEDIODÍA

La carretera finaliza delante de unas sólidas murallas de granito. Es un convento de monjes. El autobús se detiene y todo el mundo desciende. Frases de asombro se suceden entre las beatas, fascinadas por la colosal arquitectura del convento. El alcalde y el cacique, más prácticos, ignorando los exteriores del edificio, se apartan de las beatas para conversar sin ser escuchados.

ALCALDE

Has oído a la vieja de los cojones. Necesitamos comida y bebida.

CACIQUE

¿Piensas que no nos la darán?

ALCALDE

Qué sé...

CACIQUE

Si no nos la dan se la quitaremos.

ALCALDE

¿Habrá para todos?

CACIQUE

Si lo dices por las beatas... Bueno, ellas se alimentan de fe... Je, je...

La beata jefa avanza con paso decidido hacia donde se encuentran el alcalde y el cacique.

BEATA JEFA

¿A qué esperan a llamar?

CACIQUE

Las cuestiones de religión, Dios, el Señor, le corresponden a usted.

BEATA JEFA

Ah, no. Conozco este sitio y... Han de hablar ustedes. Nosotras no entraremos. He oído...

CACIQUE

Mire, usted haga lo que quiera, pero, y digo pero, si quiere comer, sígame cuando entre.

BEATA JEFA

¿Es su última palabra?

CACIQUE

Es mi única palabra.

Un chirrido de goznes llama su atención. Las puertas del convento se están abriendo.

EXT. PUERTAS DEL CONVENTO – MEDIODÍA

Dos monjes harapientos empujan los descomunales portones del convento. Detrás se entrevé una figura gris y diminuta que se dirige hacia la entrada. Es el ABAD.

ABAD

Ay, amigos y amigas... ¡Hermanos! ¡Hermanas! Entren. Supongo, deduzco, sé y veo, que están cansados, ¿qué me digo? Agotados. Aquí tienen su lugar de descanso. En la casa de Dios el débil y el pecador son bienvenidos.

El cacique mira con mala cara al abad mientras murmura al oído del alcalde:

CACIQUE

De ése me fío menos que de mí mismo.

ABAD

¿Dice?

CACIQUE

Digo que venimos guiados por el Señor.

ABAD

(fingiendo sorpresa, pues, acostumbrado a decir mentiras, no espera más que mentiras por respuesta)

¿Cómo?

CACIQUE

Hemos sido elegidos por el Señor para presenciar un milagro, para darlo a conocer, para prodigarlo, y luego... luego (Mira al alcalde para que le siga el juego.)

ALCALDE

Luego nos lo han robado.

ABAD

(divirtiéndose frente a lo que considera mentiras)

¿Y cuál, si nuestro Dios le autoriza a decirlo, ha sido el milagro que ha presenciado? O, acaso, ¿lo ha obrado usted?

CACIQUE

Nada más lejos de mi intención. Vi... *(Hace una exagerada pausa dramática.)* ¡Vimos! A Cristo crucificado sangrar.

ABAD

Eso está muy visto.

CACIQUE

No esperaba una expresión tan vulgar viniendo de un hombre de su alcurnia.

ABAD

Es que, simplemente, sé que miente.

CACIQUE

Nada más lejos de la verdad. No es mentira. Tengo decenas de testigos. Todas estas mujeres.

ABAD

La mujer tiene por velo la piel de serpiente de Satán.

CACIQUE

Mire, piense lo que quiera, no esperaba que el cinismo fuera una nueva religión. Solamente le pedimos asilo y comida. Si no quiere dárnoslo... Bien entonces.

ABAD

Aquí el desfallecido, como el ignorante, halla cobijo.

El abad abre los brazos en un falso gesto de bienvenida. Las beatas, hasta entonces silenciosas, empujadas por la beata jefa, entran.

INT . PATIO DEL CONVENTO

A medida que las beatas entran, las ventanas que circundan el patio van abriéndose dejando ver los rostros lascivos de los monjes. El cacique y el alcalde, rezagados, son arrastrados por el brazo firme del abad.

ABAD

No es modesto este convento. No somos franciscanos.

CACIQUE

¿A qué hora se cena?

ABAD

No sea impertinente.

Es tal el ímpetu del abad, que, víctimas de su empuje, el cacique y el alcalde salen del patio antes que las beatas, detalle que los monjes aprovechan.

MONJE SALIDO1

(susurrando)

Guapa...

MONJE SALIDO2

¿Sois mujeres de verdad?

MONJE SALIDO1

(en voz normal)

Guapa.

MONJE SALIDO3

Sí lo deben ser...

MONJE SALIDO1

¡GUAAAAPAAAA!

EXT. MONTAÑA – MAÑANA

En lo alto de la colina más pronunciada de la montaña se erige un convento de proporciones considerables. El sacerdote y el sátiro ponen rumbo a sus puertas. Al llegar, una imponente muralla se presenta frente a ellos. Varios castaños, de la mitad de altura de la muralla, rodean el convento. Las puertas son de madera reforzada con acero y pinchos puntiagudos para disuadir a los no invitados. En los rostros del sacerdote y el sátiro se pintan gestos de aprensión.

SÁTIRO

Parece asustado.

SACERDOTE

(dando un largo trago a la botella de absenta)

Tú no conoces a las monjas, tienen una mala hostia que no veas... Si no fuera porque estoy muerto de hambre te diría que nos fuéramos.

SÁTIRO

¿Te estás cagando?

SACERDOTE

No es para tanto, hombre.

SÁTIRO

Pues yo sí me estoy meando.

SACERDOTE

Aguarda a que entremos y meas dentro, como las personas.

El sacerdote llama a la puerta. Sin esperar a entrar, el sátiro, moviéndose con total naturalidad, se pone frente a la muralla del convento, desabrocha su cremallera, y empieza a soltar un chorro interminable de orina.

SACERDOTE

¿Qué haces? ¡Para!

SÁTIRO

Esto, una vez puesto en marcha, no hay quien... aaah... lo pare.

El portón se abre. Una monja de expresión censoradora mira al sacerdote y, al oír sonido de chapoteo, ve al sátiro. Escandalizada, de inmediato cierra la puerta.

SACERDOTE

¿Ves la que has armado? ¡Deja de mear y volveré a llamar!

SÁTIRO

No puedo parar, estoy lleno...

EXT. MURALLA DEL CONVENTO DE MONJAS – MAÑANA

Una tras otra, entre murmullos y risas mal controladas, más de veinte monjas se apoyan en la muralla interior del convento, situadas como soldados ante un sitio. Todas, sin excepción alguna, tienen su mirada puesta en el sátiro. Unas miran con aprensión, otras con enfado, otras sin saber qué pensar y algunas, aquellas cuyos ojos brillan más, con evidente gozo. Destaca entre el bulto negro una monja, la más pequeña de entre todas ellas, por la intensidad con la que fija su mirada de odio en el miembro del sátiro, cuyo flujo da la impresión de no parar jamás.

MADRE SUPERIORA

¡Silencio! Vergüenza... Vergüenza, qué gran vergüenza. Aprensión. Castigo, pecado y dolor... ¡Blasfemo demonio! ¿Y eso que es? ¿Un sacerdote? ¿Y usted se hace llamar padre?

SACERDOTE

Disculpe señora, es que este pobre desgraciado no tiene modales.

MADRE SUPERIORA

¡Ja! Dime con quién andas y te diré quién eres. ¡Dígale que pare! ¡Descarriado! Estás mojando las paredes tras las que Dios mora.

SÁTIRO

Perdone, no quería ofenderla...

MADRE SUPERIORA

(sin poder dejar de mirar el generoso miembro del sátiro)
¡Esto no se perdona ni con la confesión!

SÁTIRO

¿Qué más le da, mujer? Si Dios está en todas partes mee donde mee le estaré meando... Digo yo...

SACERDOTE

(haciendo visera con su mano para ver a la madre superiora)
¡Un millón de disculpas! La necesidad, ese gran enemigo del alma, me ha obligado a cometer un pecado que desconocía... Acepte mis disculpas y, puesto que nos conocemos, acepte mi petición de asilo temporal para dos creyentes a los que la guerra ha marginado.

Una de las monjas, al aproximarse más hacia el borde de la muralla para ver mejor los genitales del sátiro, se cae. Un grito generalizado recorre a las monjas. Afortunadamente la monja es recogida por las ramas de un castaño, quedando sus enaguas al descubierto, subidas de tal manera que deja visibles unas formidables piernas. El sátiro la observa excitado.

MADRE SUPERIORA

(justo antes de desaparecer de la muralla)

¡Asesinato! ¡Criminal!

SÁTIRO
(a la monja caída)

¿Está bien señorita?

MONJA CAÍDA
Señora... Bueno, señorita... Sí, creo que no me he roto nada.

A diferencia del sacerdote, que se ha quedado congelado al ver caer a la monja, el sátiro reacciona ayudando a bajar a la monja y arreglándole a continuación el vestido. Un rubor sensual se posa en las mejillas de la monja. Las puertas del convento se abren un poquito dejando ver las agrias facciones de la madre superiora.

MADRE SUPERIORA
¡Entra bendita! ¡Ya hablaremos!

La monja caída obedece. Las puertas se cierran. En breve la madre superiora vuelve a estar encima de la muralla.

MADRE SUPERIORA
¿Aún siguen ahí? ¡Váyanse le digo! ¡Y vosotras, apartaos!
¡Fuera! ¡Largo! ¡Perdidas!

Una corriente de obediencia provoca que algunas monjas hagan mención de apartarse, mas la atracción que el sátiro ejerce sobre ellas es imparable.

MADRE SUPERIORA
¿Es que no me han oído?

SÁTIRO
Pedimos derecho de asilo.

SACERDOTE
¡Cállate idiota! Señora, mire, sucede que estamos hambrientos y, como cristianos que somos todos, habíamos pensado que nos podrían dar de comer. Luego seguiremos nuestro camino sin causar problemas.

La madre superiora le mira incrédulo. Tras un período de tiempo casi interminable, desciende las escaleras que llevan hasta el portón del convento. El sacerdote aprovecha para sacar una botella de absenta y echar un trago. Pasan los segundos y la puerta no se abre.

SACERDOTE

Volvamos. No abrirán.

SÁTIRO

Tú conocerás la Biblia. Yo conozco a las mujeres. Espera y verás.

FUNDIDO EN NEGRO

EXT. MURALLA DEL CONVENTO DE MONJAS – NOCHE

Es noche bien entrada. El rocío hiela los brazos del sacerdote y el sátiro. Las luces del convento, débiles velas, se apagan una tras otra. Un chirrido, un sonido de pasos y una puerta que se abre en un punto inconcreto suenan en la muralla este.

SÁTIRO

¿Oyes?

SACERDOTE
(*despertándose*)

¿Qué?

SÁTIRO

Sígueme.

Rodean la muralla en dirección este y ven una diminuta puertezuela a través de la cual se proyecta una tenue luz de candelabro. Desplazándose sigilosamente, el sátiro se acerca hacia la luz y se detiene a un metro.

SÁTIRO

Guapa, porque sin verte sé que eres hermosa... ¿Podemos pasar?

Nadie responde, pero la puerta se abre más, lo que el sátiro y el sacerdote interpretan como señal de asentimiento y entran.

INT. PASILLO DEL CONVENTO

Cerrada la puerta por la mano del sacerdote, la luz del candelabro aumenta en intensidad. La mano que lo sostiene pertenece a la monja caída, una hermosa muchacha que aún no ha llegado a su mayoría de edad. En sus ojos y sus labios se distinguen la osadía y la timidez. El sátiro, gran intérprete en cuanto se refiere a gestos de mujeres, la coge de la mano con delicadeza y deja que ella los guíe. La débil luz de la vela apenas ilumina sus rostros mientras avanzan a lo largo de lo que intuyen es un extenso pasillo. A la décima puerta la monja se detiene, gira el pomo con cuidado y entran en el dormitorio.

INT. DORMITORIO DE LA MONJA CAÍDA

La decoración es espartana: paredes, suelo y techo de granito, un camastro realmente reducido, una silla, una mesita donde reposa la Biblia y un baúl. Una ventana deja pasar la luz azulada de la luna. La monja caída cierra la puerta con sumo cuidado, señala la silla al sacerdote, éste se sienta, saca una botella de absenta de debajo de su sotana, echa un trago y sonrío. El sátiro, sin esperar a que se le invite, se sienta en la cama, haciendo que ésta cruja con estruendo.

INT. DORMITORIO ANEXO AL DE LA MONJA CAÍDA

En el camastro una monja igual de joven aunque menos hermosa que la monja caída, ASUNCIÓN, se despierta. Pese al considerable grosor de las paredes ha oído el crujido de la cama de su vecina. Se incorpora. La habitación, a diferencia de la de su compañera, no está dotada con ventana. Estas habitaciones se reservan para las monjas que han mostrado rebeldía, con el fin de impedir su huida. Cabría esperar que estuvieran oscuras, sin embargo una tenue luz amarillenta, procedente de un agujero en la pared, otorga visión a la habitación. Asunción pone su ojo en el agujero, sonriendo al instante. En breve se ha vestido y sale de la habitación.

INT. HABITACIÓN DE LA MONJA CAÍDA

Dos golpes de nudillo resuenan en la puerta. La monja caída pide silencio con el dedo.

ASUNCIÓN

*(tratando de alzar la voz por encima de la madera de la puerta sin
armar demasiado escándalo)*

Abre Remedios... Soy Asunción...

Tranquilizada al oír la voz de su vecina y amiga, REMEDIOS abre la puerta y ASUNCIÓN entra, sentándose de inmediato al lado del sátiro. El sacerdote eructa sin querer, lo cual atrae la atención de Asunción hacia la botella de absenta.

ASUNCIÓN

¿Es alcohol?

SACERDOTE

Vaya que si lo es...

ASUNCIÓN
(entusiasmada)

Quiero probarlo.

SACERDOTE
(extendiéndole la botella)

Toma.

REMEDIOS

¡Asunción! Tú no bebes... Nosotras no bebemos.

ASUNCIÓN

Nunca es tarde para cambiar.

Asunción echa un trago. Los colores se le suben a la cara y los ojos lagrimean.

ASUNCIÓN

¡Es fuerte!

SACERDOTE

Yo también la probé por primera vez en un convento... Cuando era seminarista... Tiempos aquellos...

ASUNCIÓN

Remedios, deberías probarlo.

Remedios mira al sátiro, que aguarda en la cama sabiendo, como indica su sonrisa, que su ración de sexo llegará tarde o temprano.

REMEDIOS

¿Y usted no bebe?

SÁTIRO

Hay cosas mejores que el alcohol.

Remedios se dispone a preguntar cuando la respuesta le viene a la cabeza y se tapa la boca, ocultando una risita.

ASUNCIÓN

Tampoco he yacido con hombre alguno nunca.

SÁTIRO

Es un pecado que una chica tan guapa como tú no conozca hombre.

ASUNCIÓN

¿Verdad que sí? Y no será porque no lo he intentado. Pero no nos dejan salir, nos tienen vigiladas.

SÁTIRO

Ya sabes lo que dicen, si Mahoma no va a la montaña la montaña irá a por Mahoma.

REMEDIOS

¿Quién es Mahoma?

ASUNCIÓN

Querrá decir Casanova.

SÁTIRO

Para el caso es lo mismo. Estamos aquí, bien juntitos.

REMEDIOS

Sería mejor que os fuerais. Si viene la madre superiora nos meteremos en un aprieto.

ASUNCIÓN

(tras dar otro trago a la botella de absenta)

¿Irse? No.

SÁTIRO

Si quiere que nos vayamos nos iremos... ¿No, señor Sacer... (*El sacerdote se ha dormido.*) Bueno, lo que queráis.

REMEDIOS

Iros.

ASUNCIÓN

Si se van llamo a la madre superiora antes de que salgan y verás...

REMEDIOS

El castigo será para las dos.

ASUNCIÓN

(*dejando la botella de absenta sobre la mesa, junto al sacerdote dormido*)

Yo ya estoy acostumbrada.

Sigue un silencio tenso.

REMEDIOS

Haced lo que queráis, pero en tu habitación.

ASUNCIÓN

Está bien.

REMEDIOS

Y llevaros al borracho.

SÁTIRO

Eso será más difícil.

INT. PASILLO DEL CONVENTO

Sosteniendo una vela voluminosa en su mano derecha, la madre superiora recorre el pasillo. Oye un ruido tras una puerta y, sin llamar, gira el pomo. Tras la puerta, en el camastro, una monja gime en sueños.

MADRE SUPERIORA

¡Despierta impúdica!

MONJA QUE HABLA EN SUEÑOS

Eemm... Ñaaaf... Grunk...

MADRE SUPERIORA

¡Despieeeertaaaa!

INT. HABITACIÓN DE LA MONJA CAÍDA

El sacerdote sigue dormido. En la habitación de al lado rechinan los muelles del camastro. Remedios repara en la botella de absenta. Duda unos segundos y finalmente la coge con rabia y bebe lentamente su contenido, enrojando a medida que la botella se vacía. En la habitación de al lado el rechinar de los muelles del camastro aumenta en intensidad y volumen. La botella ya está vacía. Habiendo hecho acopio de fuerzas, Remedios se pone de pie, apaga la vela y sale de la habitación dirigiéndose a la de Asunción.

INT. PASILLO DEL CONVENTO

Precedida por el fulgor de la vela, la madre superiora repasa puerta tras puerta, sin abrirlas, simplemente acercando su oreja para comprobar si algo sospechoso sucede en su interior.

INT. HABITACIÓN DE REMEDIOS

El sacerdote está roncando. Es tal el nivel de sus ronquidos que pronto se despierta a sí mismo. Mira a su alrededor. La luz de la luna baña la estancia y, en la pared, junto a la que reposa la cama, sale un hilo de luz del agujero que comunica el dormitorio de Asunción con el de Remedios. Acercando su ojo al agujero el sacerdote contempla asombrado lo que sucede en la habitación de al lado.

SACERDOTE

Madre del amor hermoso... Mejor bebo un poco para reponerme...

La botella está vacía.

SACERDOTE

Canastos... Un momento...

De su sotana saca otra botella, más pequeña, aunque llena, extrae el tapón y bebe con avidez.

INT. PASILLO DEL CONVENTO

La madre superiora sigue su ronda de vigilancia cuando escucha gemidos tras la puerta de Asunción. Furiosa, trata de girar el pomo, mas éste no cede. La puerta de la habitación de Remedios se abre y aparece el sacerdote, otra vez borracho.

SACERDOTE

Canastos, juraría que antes eras más guapa... Bebe Ramón, bebe...

MADRE SUPERIORA

¿Qué hace usted aquí y cómo ha entrado?

SACERDOTE

Aguanta hasta que le dé a la botella, igual mejoras...

MADRE SUPERIORA

¡Socorro! ¡Fuera de aquí! No, no se vaya todavía...

La madre superiora sale corriendo. El sacerdote llama a la puerta de Asunción.

SACERDOTE

¡Abrid! ¡Soy yo!

La puerta se entreabre. Un ojo de Asunción asoma. Al ver que efectivamente es el sacerdote y está solo le deja pasar. En la cama están el sátiro y Remedios vistiéndose. Asunción ya está vestida.

SACERDOTE

¡Vayámonos, salido!

SÁTIRO

¿A qué viene tanta prisa?

SACERDOTE

Una monja vieja con mala uva me ha visto y se ha ido a buscar no sé a quién...

ASUNCIÓN

¡Dios mío!

SÁTIRO

¿Qué pasa?

REMEDIOS

¡Ha ido a por la escopeta!

ASUNCIÓN

¿Qué hacemos?

REMEDIOS

Yo no sé tú, pero yo voy a coger el carro de Herminio y me voy...

Remedios sale corriendo.

SACERDOTE

Deberíamos ir con ella.

Sin decir nada el sátiro y el sacerdote salen tras Asunción. Remedios se mantiene indecisa, hasta que oye los pasos de la madre superiora acercándose.

MADRE SUPERIORA

(en una mano lleva la vela, en la otra una escopeta de dos cañones plana)

¡Nadie rompa los votos en mi convento!

Remedios echa a correr.

INT. ESTABLO

Asunción está subida a un carruaje tirado por un podenco viejo. El sacerdote y el sátiro están abriendo los grandes portones del establo. El carruaje avanza, el sacerdote y el sátiro suben.

EXT. FRENTE AL CONVENTO – NOCHE

El carruaje abandona el establo. Una ventana se abre. Remedios está detrás. Sin pensárselo salta sobre el carruaje y cae entre el sacerdote y el sátiro. Asunción fustiga al caballo para que corra más. Se oye un disparo de escopeta. Un trozo de madera del carruaje salta por los aires. La madre superiora salta a su vez por la ventana, dándose un batacazo contra el pavimento. Pese a lo aparatoso de la caída, se pone en pie y corre en pos del carruaje, dándole alcance en menos de diez segundos a causa de la lentitud del caballo.

MADRE SUPERIORA

(propinándole bofetadas al sátiro)

¡Baja que te voy a enseñar a pervertir a mis niñas!

SÁTIRO

¡Señora, déjeme!

MADRE SUPERIORA

(pegándole ahora al sacerdote)

¡Y a usted debería darle vergüenza!

SACERDOTE

Es que estoy borracho.

MADRE SUPERIORA

¡Y vosotras sois unas putitas! ¡Cien azotes a cada una como no paréis el carro!

Asunción, como movida por un resorte, le da un puñetazo a la madre superiora lanzándola al suelo, donde queda inconsciente mientras el carruaje se aleja.

Unas nubes grises cubren la luna, y el camino desaparece.

INT. COMEDOR DEL CONVENTO

Alrededor de una mesa de madera están sentados el abad, el cacique, el alcalde, las beatas y los monjes del convento. La cena es más que copiosa. Los monjes comen con avaricia. El abad apenas prueba bocado, se conforma con echar, de cuando en cuando, un tragito de vino, y mirar el ansía con la que sus súbditos devoran los platos.

ABAD

El pecado de la gula, señores, se convierte en virtud cuando mata al de la carne.

CACIQUE

Muy vegetarianos no son...

ABAD

Un respeto. No tergiversar mi sabiduría... Aprendí, en mi juventud, pues un día fui joven...

CACIQUE

(interrumpiendo)

¿Sólo uno?

ABAD

Mire, si no está aquí a su gusto, es libre de irse.

CACIQUE

Disculpe mi sinceridad.

Un silencio incómodo se impone durante el cual el abad escruta los ojos del cacique para averiguar si, además de osadía e inteligencia, hay algo más.

CACIQUE

Perdón de nuevo.

ABAD

Qué fácil es disculparse... Aún así le instruiré. Aprendí de joven que, para frenar algunos pecados, había que soltar, dejar cancha libre dirá usted, otros tantos. Así, para matar la lujuria, doy carta libre a la gula. Hasta cierto punto. Y así, así. ¡No responda otra impertinencia! Solamente le imploro, desde mi máxima humildad, que admire la brillantez de mi ejecución.

CACIQUE

Sí que es cierto que está riquísima la comida. Mi amigo... (Apunta al alcalde.) Él, a él, le preocupa saber dónde dormirá.

ABAD

No se preocupe por eso. Ustedes podrán dormir en su autobús.

Es tal la sonrisa de satisfacción del abad, tal su seguridad, que el cacique ni se atreve a replicar con una frase inteligente.

ABAD

(dirigiéndose a su subalterno)

Que recojan los platos.

CACIQUE

¿Y las mujeres?

ABAD

No me insulte. Se les asignará una habitación en la que estarán a salvo de los pecados de la carne. ¿Acaso cree que no me preocupa? Estas costillas andantes son un peligro para la estabilidad carnal de mi rebaño. Debería darme las gracias por ocuparme de ellas.

Mientras se levanta, dispuesto a irse, el cacique murmura en el oído del abad.

CACIQUE

En mi pueblo, a los que son como tú, les colgamos de los huevos.

El abad, sin inmutarse, responde también susurrando.

ABAD

Suerte la de usted, no tener cojones.

CACIQUE

(al alcalde)

¡Vámonos!

ALCALDE

¿Adónde?

CACIQUE

¿No has oído? Dormiremos en el autobús.

ALCALDE

Con el frío que hace...

ABAD

(riéndose y en voz baja para no ser oído por nadie más que por el cacique)

Para darse calor, pueden abrazarse.

INT. PASILLO DEL CONVENTO DE MONJES

Un monje esquelético, de mejillas enjutas y cejas protuberantes, con la saliva casi colgándole, llama a una puerta, de la que obtiene por toda respuesta:

BEATA DETRÁS DE LA PUERTA

¡Quien sea váyase!

MONJE

(susurrando)

Soy yo, estoy loco por tu amor.

BEATA DETRÁS DE LA PUERTA

¡Vete!

Antes de que el monje pueda dar una respuesta que le abra la puerta otro monje cruza el pasillo e, ignorando al monje primero, llama a la puerta de enfrente.

MONJE 2

(tratando de ser sensualmente convincente)

Sabes quien soy, me has mirado toda la noche, vengo a darte mi amor, como el que Dios no dio.

Como respuesta suenan unos repugnantes ronquidos. Los dos monjes, frente a frente, se miran patéticamente.

MONJE 1

¡Abre!

BEATA DETRÁS DE LA PUERTA

¡Una m.... No!

Dos monjes más pasan corriendo por el pasillo.

MONJE CORRIENDO 1

¡Dicen que hay una beata que quiere montarse... dar amor a todos!

MONJE 2

(taponándose las orejas para que los ronquidos de la beata no le impidan oír la respuesta)

¿Dónde?

MONJE CORRIENDO 2

(monje1 ya ha desaparecido por la esquina de un pasillo)

¡Seguidnos!

De nuevo se miran el monje 1 y el monje 2, y sin esperar respuesta el uno del otro salen corriendo, de modo que tropiezan taponando el pasillo. Tras una larga disputa para ver quién sale delante, gana el monje 2.

INT. PASILLO DE LA HABITACIÓN DE LA BEATA COMPLACIENTE

Frente a la puerta de la supuesta beata complaciente se hacinan decenas de monjes. Ya sea frotándose las manos, orando, rascándose sus partes, arrodillándose o riendo de pura alegría, todos forman un grupo contra el cual ningún ejército se enfrentaría. Tras la confusión, un monje, el más canijo de todos, se abre paso entre la multitud no se sabe cómo.

MONJE CANIJO

¡Orden! Veamos nosotros, hablemos...

MONJE SALIDO

¡Caaarne!

MONJE CANIJO

Silencio... Seamos coherentes. Estas puertas miden medio metro. A golpes de espinazo no las derribamos, y más con lo enclenques que sois, que dais pena. Necesitamos un ariete.

MONJE SALIDO 2

¿Y de dónde lo sacamos?

MONJE CANIJO

Pensad. La respuesta está en vuestras oraciones.

MONJE SALIDO 1

¡No podemos orar en estas condiciones!

MONJE CANIJO

Si viene el mandamás nos hará largar...

MANDAMÁS

Estoy aquí y quisiera pedir que...

MONJE CANIJO

Tú te callas.

MANDAMÁS

¿Cómo osas?

MONJE CANIJO

Veamos, quien esté a favor de que mande él que levante la mano.

Todos los brazos permanecen estáticos.

MONJE CANIJO

La voluntad republicana ha hablado.

MONJE SALIDO 2

¡No mente a los republicanos, por Dios!

MONJE CANIJO

Sí, sí. Estudiemos. Hace falta un ariete. Como nadie usa su imaginación salvo para sus poluciones nocturnas, yo, en la humildad que presupone mi escasa altura, propondría que utilizáramos el estandarte que nos ha guiado desde que nos hicimos miembros de esta congregación.

MONJE SALIDO 3

¿Qué?

MONJE SALIDO 2

¿Cuál?

MONJE SALIDO 1

¿La cruz?

MONJE CANIJO

Premio. Tú vas a buscarla.

La multitud, alentada por la posibilidad de practicar el acto sexual, enfervorece y empieza a orar.

INT. HABITACIÓN SITUADA DE LAS BEATAS

Hay un cúmulo de mujeres apretadas entre la cama, la ventana y lo que sería la pared si ellas no la cubrieran. Sólo queda un espacio vacío, medio metro cuadrado delante de la puerta. Y tampoco está vacío. Está ocupado por la jefa de las beatas. Con cara arisca, sin temor, mira a la puerta mientras ésta vibra víctima de los golpes que los monjes inflingen.

BEATA JEFA

Oíd los golpes. Es el sonido de la desesperación masculina. Y esa ansia, es la que los pone a nuestra merced. Y nosotras, como mujeres puras, la hemos de vencer.

Una embestida tímida hace temblar la puerta.

BEATA CUALQUIERA

Yo tengo miedo.

Suena un rotundo golpe contra la madera de la puerta, haciendo que tiemblen los goznes.

BEATA CUALQUIERA 2

Yo también.

BEATA JEFA

Es natural. En eso se basa su poder. Pero, os digo, pensad, amigas... (*Pausa dramática.*) Están a merced del demonio y tal ser, como tal, es un subordinado despechado de Dios. Y nosotras servimos al señor. Luego nada hay que temer. Esta puerta es...

El tercer golpe arranca el gozne superior de la puerta.

INT. PASILLO DELANTE DE LA PUERTA DE LA HABITACIÓN SITIADA

Un monje llega con una cruz de un metro y medio de altura. Hecha de madera en lo que es la cruz y de yeso en lo que es la recreación de la figura de Jesucristo.

MONJE SALIDO 1

¡Dame!

El monje salido 1 arrebató el ariete al monje que lo llevaba y, entre él y cuatro más, empiezan a golpear en la puerta. Nubes de polvo caen del techo.

INT. HABITACIÓN SITIADA DE LAS BEATAS

Montones de yeso caen sobre las cabezas de las beatas. La puerta tiembla a cada embestida del improvisado ariete.

BEATA CUALQUIERA 3

¡Van a entrar!

BEATA JEFA

Bien. Cuando el Señor no nos ayuda literalmente nos da la inteligencia para hacerlo por nuestra cuenta... Abrid el armario, sacad las sábanas de la cama. ¡Haced una cuerda!

BEATA CUALQUIERA 4

(mirando a través de la ventana y hablando con timidez)

No... Estamos... Esto... En una primera... Planta... Esto...

BEATA JEFA

¡Salid entonces!

A trompicones, sin tener en cuenta el dolor que las embestidas de unas a otras puedan causar, salen las beatas.

Un nuevo golpe destroza el gozne inferior de la puerta. Al tiempo que ésta cae dando paso a los monjes, el cristo crucificado sale disparado en línea recta.

PDV DE LA CABEZA DE CRISTO

El dormitorio sitiado ha quedado vacío. Cuando atraviesa el alfeizar de la ventana, la luna llena le permite ver las últimas beatas que huyen en dirección al autobús, cuyas luces brillan como lunas en la oscuridad, al igual que las ventanas, pues en su interior, al volante y en el sitio del copiloto, se puede ver al alcalde y al cacique.

INT. UMBRAL DE LA PUERTA DE LA HABITACIÓN SITIADA

Los monjes se quedan perplejos siguiendo con su mirada la imparable trayectoria del Cristo liberado de la cruz. Transcurrido un período de incredulidad, dudas, y temor religioso, entran en la habitación y se asoman a la ventana.

PRIMER MONJE QUE SE ASOMA A LA VENTANA

¡Están huyendo en el coche grande!

MONJE CERCA DE LA PUERTA

Autobús.

MONJE COHERENTE

¡A las puertas! ¡Aún queda tiempo!

Lejos, muy lejos, se oye el estruendo del yeso de la estatua de cristo al romperse contra una ladera pedregosa de la montaña. Como si fuera la señal de una pistola de fogueo marcando el inicio de una carrera de atletismo, los monjes salen disparados.

EXT. CERCANÍAS DEL CONVENTO DE MONJES – NOCHE

Sólo restan dos beatas por entrar en el autobús. Los motores resuenan calientes. Las luces largas iluminan el camino que van a seguir montaña abajo. Suenan gritos masculinos provenientes de los monjes que intentan darles caza.

CACIQUE

¡Te dije que arrancarás!

ALCALDE

(mientras el cacique mete primera y el autobús inicia su marcha)

¡Conocen a mi mujer! ¡No podía dejarlas!

CACIQUE

¡Mierdas! ¡También conocen a la mía! ¡Pero si las hubiéramos dejado no las habríamos visto en el resto de nuestra puta vida!

ALCALDE

¡No me fio!

CACIQUE

¡Sí!

ALCALDE

¡No!

BEATA EXTRAÑAMENTE EXCITADA

¡Aceleren! ¡Viene detrás!

Todos en el autobús se giran hacia la luneta trasera, a través de la cual se ve a una decena de monjes persiguiéndoles. Pese al avance rápido del vehículo algunos monjes consiguen subirse a la trasera y trepar al techo. Otros se conforman con quedarse agarrados, como si en ello les fuera la vida, al parachoques.

BEATA MENOS EXCITADA

¡Dé volantazos! ¡Que caigan!

El alcalde sigue la curva del descenso sin hacer caso al consejo de la beata menos excitada.

CACIQUE

¡Hazle caso! ¡Da volantazos!

ALCALDE

¿En una curva? ¡No me marees o nos caemos barranco abajo!

En el techo del autobús, por encima del rugido del motor, se oyen los pasos de los monjes afianzando su posición. Las beatas se relajan al ver que hay otra gente que corre mayor peligro que ellas; algunas incluso ponen cara de excitación, como si quisieran ver qué le sucede a un ser cuando cae de un vehículo en marcha y se aplasta contra la calzada.

EXT. PARTE TRASERA DEL AUTOBÚS – NOCHE

Tres monjes pelean por mantener su posición en la parte trasera. Uno mira hacia arriba, casi implorando que le den una mano con la que subir.

EXT. TECHO DEL AUTOBÚS – NOCHE

Se pueden contar unos seis monjes, agarrados como garrapatas a los tubos metálicos creados para sostener el exceso de equipaje.

MONJE EN LA PARTE TRASERA

¡Ayudadnos a subir!

MONJE EN LA PARTE SUPERIOR

(hablándole al compañero que está a su derecha)

Si me sujetas por las piernas podría subirle...

El monje a su derecha le mira sin responder.

MONJE EN LA PARTE SUPERIOR

¿Qué? ¡Hemos de hacer algo!

MONJE A LA DERECHA

Espera...

El autobús da un volantazo. El monje que pretendía subir, al tener una mano suelta, pierde el equilibrio y sale disparado, empalándose contra un pino.

INT. AUTOBUS – PARTE FRONTAL

Todos los ocupantes miran atrás no por preocupación, si no por curiosidad.

EXT. CARRETERA EN ESPIRAL CON EJE EN UNA MONTAÑA – MADRUGADA

El autobús de las beatas desciende con pereza. Toses y explosiones suenan tanto en el motor como en el tubo de escape. Al volante, apenas visible tras la capa de polvo que cubre el parabrisas, está el alcalde. Curva tras curva descienden, mientras, en una carretera que discurre paralela bajo la montaña, avanza con ánimos incomprensibles el carruaje del sacerdote y el sátiro. En el instante en que el autobús se pierde en la última curva, el autobús llega al cruce en el que finaliza la carretera.

INT. AUTOBÚS DEL ALCALDE Y EL CACIQUE

La sorpresa se dibuja en las facciones del alcalde antes de reaccionar, pisar el freno y detener la lenta marcha del autobús. Justo delante de ellos está cruzando la intersección de caminos el carruaje del sacerdote y el sátiro. Sin mediar palabra, el cacique abre la puerta del autobús y sale corriendo en pos del carruaje.

EXT. CRUCE DE CAMINOS – MADRUGADA

En la trasera del carruaje duermen las dos monjas que se han fugado del monasterio. El sacerdote, que hasta entonces ha llevado las riendas, echa un trago de absenta y cae fulminado por el sopor del alcohol. Queda el sátiro para enfrentarse al cacique, idea que descarta mientras el cacique salta, apartándose y dejando que choque contra el sacerdote. Las monjas siguen durmiendo, el sacerdote, debido al empuje del cacique contra el carruaje, cae sobre ellas sin despertarlas. El sátiro, en vez de huir, mira al cacique con curiosidad. Le cuesta algo de tiempo al cacique entender que ha olvidado su cara, que no sabe quién es.

CACIQUE

Tú robaste la virtud de mis hijas...

SÁTIRO

(reconociéndole)

¡Vale!

Sin más, el sátiro sale corriendo. El cacique, recordando las habilidades de *sprinter* del sátiro, opta por regresar al autobús, apartar al alcalde del volante, y salir en pos de él, haciendo que el motor ruja con tanta furia pese a su escaso empuje, que el carruaje sale antes, poniéndose delante de ellos en la carretera de un único sentido.

PDV DE UN SOLDADO NACIONAL

Un hombre atractivo, el sátiro, corre hacia él. Detrás ve un carruaje con un sacerdote y dos monjas que acaban de despertarse y, para mayor sorpresa, un autobús que apenas acelera, rugiendo tras ellos.

EXT. CARRETERA DE UN SOLO SENTIDO – AMANECER

El sátiro se detiene de súbito, así como los caballos del carruaje. El autobús, simplemente, se cala. Mirando al horizonte, varios kilómetros en la distancia que planea recorrer, por encima de la cabeza del sátiro, se ve el frente en el que luchan el ejército nacional y el republicano. Columnas de humo ascienden en el frente. Detonaciones y explosiones son arrastradas con retardo por el viento. El ensimismamiento del sátiro desaparece cuando oye rugir de nuevo el motor del autobús. Sin pensar en las consecuencias de ir hacia el frente, sigue corriendo. El caballo, que de algún extraño modo comparte sus decisiones y sentimientos, le sigue, arrastrando en su huida al sacerdote y a las monjas. Gritos de quejas de las beatas resuenan en el autobús.

PDV DE UN SOLDADO NACIONAL EN LAS TRINCHERAS

A su alrededor sus compañeros despiertan. La trinchera es exageradamente ancha. Su cabo apoya su mano en la cabeza amputada de un tanque mientras fuma un cigarrillo liado a mano. Subiendo la trinchera en dirección al frente ve a las explosiones de mortero de uno y otro bando. Cansado de la visión, asciende en sentido a la retaguardia a tiempo de ver corriendo en su dirección al sátiro, sin camisa, sudado, y con el pelo ondeando al viento. Detrás le siguen el caballo desbocado y el autobús que, contra todo pronóstico a juzgar por los jadeos del motor, se niega a detenerse.

EXT. TRINCHERAS NACIONALES – MAÑANA

El sátiro salta adentro de la trinchera. El carruaje frena sin que caigan ni las monjas ni el sacerdote y, en medio de ambos, el autobús, que inexplicablemente a recuperado fuerzas, acelera como si quisiera saltar las trincheras. Y casi lo consigue, de no ser porque su parachoques se incrusta contra la parte delantera de la trinchera, quedando el autobús mitad dentro mitad afuera, y el cañón de la cabeza del tanque penetra a través del parabrisas, frenando a escasos centímetros de la furiosa cara del cacique.

EXT. LÍNEA DEL FRENTE, BANDO NACIONAL – AMANECER

Las expresiones de sopor de los soldados delatan que todos se han visto obligados, más por temor que por obligación, a hacer guardia. Entre ellos, sentado en una silla de mimbre, destaca la maltrecha figura del capitán. Tuerto y magullado, aún alcanza a ver más que sus allegados, como prueba la sorpresa que aparece en su rostro cuando un tanque republicano se eleva sobre la línea del horizonte.

EXT. LÍNEA DEL FRENTE – AMANECER

El sol sale con una pereza pareja a la de los soldados republicanos que avanzan hacia la vanguardia. Sus fusiles son viejos y sucios, como las expresiones de sus caras, hasta que un sonido en la retaguardia capta su atención. Es el ronroneo contundente de un tanque. Uno tras otro los soldados se giran a ver el vehículo que tal ruido causa y es entonces, cuando desde el primero hasta el último, todos cambian su expresión de alivio provocada por la llegada de refuerzos por una de incredulidad, pues, encima del tanque, sobre el cañón, se yergue majestuosa una muñeca hinchable a la que ni siquiera la brisa matinal consigue mover. La compuerta superior del tanque se abre y emerge un teniente con la mirada furiosa, al parecer decepcionado por la falta de confianza de sus camaradas de armas.

TENIENTE

¡Arriba soldados! ¡Por la gracia de Dios y por España!

Tras oír esta expresión contradictoria los soldados pierden aún más fe en su superior, y se concentran plenamente en los agujeros de la muñeca hinchable.

TENIENTE

¡Porque Dios es todo menos Franco! ¡Porque Dios soy yo...
Eh...

Algún soldado masculla un insulto que podría ser traducido como el equivalente antiguo a joder.

Alguien más, en el bando nacional, ha debido de ver el tanque blasfemo. proyectiles de mortero caen a su alrededor, con tanta

puntería que, tras caer siete en total, hieren a los soldados republicanos que iban paralelos al tanque sin que siquiera una mísera piedra golpee a la muñeca.

EXT. FRENTE NACIONAL – AMANECER

Han ido despertando los soldados a merced de la ira del capitán. Ninguno sin un fusil, y todos sin saber dónde apuntar.

PRIMER PLANO DEL CAPITÁN

Por un extraño efecto visual, se diría que ve a través del ojo ciego, en vez de por el ojo bueno. Quizás sea la ira que crea arrugas sobre la ceja del ojo tuerto.

EXT. FRENTE NACIONAL – AMANECER

Resuena el primer disparo.

CAPITAN

¡Si es que sólo en mí puedo confiar!

Sin dar órdenes a sus soldados, el capitán salta las trincheras y corre hacia el sector republicano. Bombas estallan allá por donde avanza, balas silban rasgando su uniforme, pero nada, ni el más mínimo pedazo de metralla, consigue herirle, de tal forma que en breve se planta delante del tanque republicano, frente a la estupefacción de los soldados rojos, y salta sobre él abrazando a la muñeca hinchable, colmándola de besos.

CAPITÁN

¡Virgen querida! ¡Al fin juntos!

De repente, producto de un soldado nacional dotado de buena puntería, una explosión de mortero impacta delante del tanque. Es tal la explosión que el capitán y la muñeca hinchable salen disparados por los aires, al tiempo que el morro del tanque se hunde. Pronto el polvo alzado por la explosión todo lo cubre.

EXT. CIELO SOBRE EL FRENTE REPUBLICANO – MAÑANA

El sol se ha puesto. Las siluetas del capitán y la muñeca abrazados pugnan por elevarse. El sudor hace que el plástico de la muñeca se

resbale entre los brazos del capitán y siga ascendiendo mientras éste cae sobre un charco de cieno.

PDV DEL CAPITÁN

Al tiempo que ve aterrizar a la muñeca hinchable, el barro desciende sobre su ojo sano, cegando su visión.

INT. AUTOBÚS CONDUCIDO POR EL ALCALDE

El cacique, sentado al lado del alcalde, despierta y ve el cañón del tanque a escasos centímetros de su cara. No queda nadie más en el autobús.

CACIQUE

Si esto no es una señal de Dios que baje el demonio y que me mate.

Las palabras del cacique despiertan levemente al alcalde.

ALCALDE

¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

CACIQUE

Donde queríamos. Vamos a por nuestra cruz.

ALCALDE

Yo creo que debería ir antes a un hospital. Me he roto algo.

CACIQUE

Te has roto la avaricia. Ahí te quedas.

EXT. ALREDEDORES DEL AUTOBÚS – MAÑANA

El cacique sale del autobús. Diseminados entre restos de escombros y comida yacen los cadáveres de los monjes, empalados en bayonetas abandonadas por los desertores. Solamente uno de ellos respira, diciendo, entre jadeo y jadeo:

MONJE EMPALADO

Seremos santos, señor, ¡allá vamos!

El cacique tropieza con el monje empalado moribundo, cayendo de bruces.

CACIQUE

Vete de una puta vez, joder.

EXT. CAMPO DE BATALLA – MAÑANA

Entre montículos de tierra ennegrecida por la pólvora se hacen los muertos decenas de soldados nacionales, e incluso algunos republicanos despistados que en el fragor de la batalla han perdido gran parte de sus uniformes con lo cual pasan desapercibidos. Como si de un batallón se tratase, las beatas avanzan capitaneadas por su jefa. Atrás queda el autobús empotrado, delante del frente republicano.

BEATA BIENINTENCIONADA

(dirigiéndose a la beata jefa)

Hemos hablado, todas, no yo sola, y pensamos que el frente iba a ser una etapa de paso. Nuestro destino está en Lourdes ¡Es allí donde podemos ser útiles!

BEATA JEFA

Hay cosas más importantes que la peregrinación, Asunción. Como la cruz del señor, ya oíste al señor cacique y al alcalde.

BEATA BIENINTENCIONADA

¿Qué?

BEATA JEFA

No hemos de dejar que tal herramienta caiga en malas manos. Sería nocivamente peligrosa.

SOLDADO MORIBUNDO

¡Siiií! Me desangro...

BEATA JEFA

Y Dios alaba tu sacrificio.... Señoras, busquemos la cruz.

Perfectamente coordinadas, las beatas otean el horizonte, haciendo visera con sus manos.

BEATA OJO DE AGUILA

¡Allá! ¡Una cruz!

BEATA JEFA

¿Dónde?

La beata ojo de águila señala el punto exacto.

BEATA JEFA

Seguidme. Vamos.

Algunas beatas dudan.

BEATA JEFA

¿Qué os asusta? Somos mujeres, nadie en su sano juicio mata a las mujeres. Vayamos a rescatar la cruz antes de que los ricachones de Linares la roben.

BEATA BIENINTENCIONADA

¿Y no es una responsabilidad demasiado grande para personas tan pequeñas como nosotra?

BEATA JEFA

Dijimos que iríamos al frente. Sí, para ayudar, Y después dijimos que iríamos a Lourdes. Pregunto. ¿Para qué? Ahora lo sé. Para llevar esta cruz. Ésta es la misión que Dios, nuestro Señor nos ha depositado.

BEATA OJO DE ÁGUILA

Ya no se ve la cruz.

De nuevo, las beatas hacen visera con sus manos.

BEATA JEFA

¿No has visto adónde la han llevado, Matilde?

BEATA OJO DE AGUILA

De repente ha desaparecido.

EXT. FRENTE NACIONAL, TRINCHERAS – TARDE

Siete soldados dejan la cruz plantada, pero es tal su temor por el enemigo que no se preocupan por reforzarla, de forma que, mientras huyen, la cruz queda inclinada. El suelo, convertido en fango por la acción de las lluvias, hace que resbale, retrasando la tarea. Finalmente, después de un empujón de un oficial superior, la cruz se incrusta en el barro quedando firmemente plantada.

EXT. CAMPO DE BATALLA – MAÑANA

Las beatas siguen oteando.

BEATA OJO DE AGUILA

¡Allá! ¡Ha vuelto a aparecer!

BEATA JEFA

¡Corriendo!

Alzando sus hábitos para no tropezar, las beatas se abren paso a través del campo de batalla. Los soldados que se resisten a abandonar sus posiciones las miran incrédulos.

EXT. TRINCHERAS NACIONALES – TARDE

Una vez se han recuperado del impacto, el alcalde y el cacique suben a la parte superior de las trincheras. El espectáculo debe ser espeluznante, como indica la pérdida de color en sus caras.

CACIQUE

Mira, si es que lo sabía.

ALCALDE

Estos soldados son idiotas. ¿Cómo la recuperamos?

CACIQUE

Fácil. Vamos y la cogemos.

ALCALDE

¿Y las religiosas qué?

CACIQUE

Digo yo que Dios hará que no las maten.

ALCALDE

Diría yo que van hacia la cruz.

CACIQUE

¿Y qué? A ver cómo la cargan esas mojigatas.

El cacique observa el contenido de la trinchera. Los cadáveres de los monjes capturan su atención.

CACIQUE

Si cruzamos a pelo nos matan.

ALCALDE

¿Y qué propones?

Por vez primera en bastante tiempo, el alcalde sonríe al ver los cadáveres empalados de los monjes.

EXT. CENTRO DEL CAMPO DE BATALLA – TARDE

Ignorando a los muertos y heridos, las beatas corren en pos de la cruz. Únicamente se ve remordimientos en la cara de la beata bienintencionada. Un obús explota a cincuenta metros de las beatas, provocando su caída. Cuando el polvo y el humo de la pólvora se dispersa dos figuras ataviadas como sacerdotes aparecen. Las beatas han desaparecido junto con la nube de polvo y humo.

PDV DEL CAPITÁN

Un punto marrón y borroso se hace nítido hasta alcanzar la figura de un caballo realmente parecido a Alazán. El equino va tirando de un carruaje sin guía, desbocado entre el caos de balas y bombas que es el frente.

EXT. FRENTE NACIONAL

Ha enmudecido el capitán. Sólo tiene ojos para el caballo que él piensa es Alazán, y sus labios murmuran una y otra vez, sin parar:

CAPITÁN

¡Alazán!

Sin mediar más murmuración el capitán avanza locamente a través de la línea del frente, en pos de su amado caballo. Las balas rasgan su uniforme al igual que el fango lo mancha. Los soldados de ambos bandos caen a su paso. Y los que no se le quedan mirando atontados. La carrera, realmente larga, finaliza cuando de un salto el capitán monta a Alazán y, con una diestra maniobra de su brazo siniestro, desliga los aparejos de cuero viejo que le unen al carruaje. Da una vuelta de 180º y grita:

CAPITÁN
(*emocionado*)

¡Al ataque!

Gritos de horror resuenan en el bando contrario, los soldados republicanos huyen despavoridos frente al ojo alocado del capitán y a la mirada perdida, casi muerta, del viejo caballo, cuyo belfo chorrea sus últimas babas.

CAPITÁN
¡Arrepentíos de vuestros pecados!

SOLDADO REPUBLICANO
¡Aaah!

La emoción del capitán se corta en seco cuando ve, a breves metros de donde está él, a el cacique y el alcalde cargando a cuestas con la cruz.

CAPITÁN
¡Defiende la patria Alazán!

El caballo, más muerto que vivo, sigue las instrucciones de su dueño y persigue a los portadores de la cruz, rápido pese a su anterior lentitud. El capitán recoge la cruz y la apoya en el ya de por sí cansado jamelgo y avanza, con fuerzas renovadas, hacia el frente republicano, en la cruz apoyada su mano.

CAPITÁN
¡Salta! ¡Salta mi Alazán!

Saltando por encima de cadáveres y soldados aterrorizados, el capitán cruza las líneas enemigas. Es tal el salto que el moribundo caballo ya,

que supera el abismo de la trinchera y sigue avanzando hasta que, desfallecido por el agotamiento, cae muerto. La cruz, liberada de la presión de las manos del capitán, cae junto al caballo.

CAPITÁN

¡Alazán!

Se arrodilla junto al cadáver del viejo caballo y le besa el belfo.

CAPITÁN

Ojalá pudiera llorar. Esos malditos lo pagarán.

Sin mirar atrás, el capitán regresa hacia el frente, en dirección al frente republicano, mientras desenfunda su fiel Star. Pero, de repente, se frena y mira hacia donde está la cruz. Sombras salen de un bosque cercano, tentando con sus manos los bordes de madera de la cruz. Son las beatas. El capitán las mira asustado por la pasión que ve reflejada en sus caras. Dos segundos de meditación y pierde su valor, huyendo hacia su frente.

PLANO DETALLE

Las manos de las beatas recogen la cruz del fango.

EXT. RETAGUARDIA REPUBLICANA – TARDE

Un número incontable de beatas arrastra la cruz hacia el frente republicano. Recorren metros y metros de terreno deshecho, hasta que una de ellas señala con su dedo índice hacia los cielos.

BEATA QUE SEÑALA

¡Es la Virgen María!

BEATA ANÓNIMA

¿Dónde?

BEATA JEFA

¡Seguid!

EXT. CIELO – TARDE

La muñeca hinchable alemana surca las nubes.

EXT. ZONA DE GUERRA – TARDE

Recuperado de su sorpresa inicial, el capitán corre hacia el frente republicano, adelanta a las monjas, todavía ensimismadas en la visión de la muñeca.

PDV DE UN FRANCO TIRADOR

En la mira telescópica aparece la frente del capitán mirando hacia arriba, dirección que sigue la mira, apuntando finalmente a la muñeca. Sin dudar dispara. La bala la atraviesa limpiamente.

EXT. CIELO – TARDE

Mientras se deshinchaba, la muñeca se desplaza en espiral hacia el frente republicano. Los sonidos, sin explicación aparente, enmudecen. La trayectoria de la muñeca termina en la punta de un cañón republicano. Cerca, el capitán, está paralizado por la visión de la muñeca hinchable. Antes de que se dé cuenta de su error, el cañón es disparado. El proyectil arrastra a la muñeca en su trayectoria, dirigida en línea recta hacia el capitán, que, ilusionado espera a la muñeca arrodillado y con los brazos abiertos.

CAPITÁN

Amor... ¡Al fin!

Aún no ha terminado de abrirlos cuando el proyectil le desintegra.

EXT. RETAGUARDIA FRENTE NACIONAL – TARDE

Una humareda hace indistinguibles las figuras que caminan entre ella. Poco a poco se acerca una, tambaleante y silenciosa. Al clarificarse se distinguen las facciones del sacerdote, borracho como indica la botella de absenta que lleva en su mano.

SACERDOTE

¡Dejad que os bendiga, soldados! ¡Veréis la luz con esta agua bendita!

Mientras recorre el pasillo informe de soldados va repartiendo bebida entre los necesitados.

SOLDADO SEDIENTO

(reteniendo la botella de absenta)

Un poco más... Necesito más...

SACERDOTE

(mirándole con lástima sincera)

Lo siento, ha de quedar para mí...

Una potente luz de linterna sobresale, pese a la luz de la tarde, de una tienda. El sacerdote camina hacia la tienda y entra.

INT. TIENDA SOBRELUMINADA

En un catre cochambroso, yace en estado de coma etílico un coronel. Aún así su mano derecha sigue sosteniendo una botella de absenta. Los ojos del sacerdote se iluminan al ver la botella, y casi estallan al descubrir, al lado del catre, una caja repleta de botellas de absenta. Da dos pasos y abraza el recipiente. Lágrimas de gratitud resbalan por sus mejillas. La luz de linterna se apaga.

EXT. TRINCHERAS DEL FRENTE NACIONAL – ATARDECER

Camina realmente contento el sacerdote con la mochila cargada a sus espaldas. Allá por donde pasa hay soldados heridos o muertos. Les tiende la botella a los moribundos. Cada uno de los que beben escupen al comprobar que no es agua sino al alcohol lo que hay en su interior. Cansado de repartir que bebida que nadie aprecia, sube la trinchera y se adentra en el frente.

EXT. FRENTE – ATARDECER

Los pasos del sacerdote son torpes. Tropieza con cualquier obstáculo. La mochila está medio llena. Las explosiones se suceden. Está completamente borracho. Su expresión pasiva desaparece de pronto. No muy lejos, detrás de la línea del horizonte, ve al grupo de beatas arrastrando la cruz.

SACERDOTE

¡Ah! ¡Pájaras! ¡No profanéis al Señor!

Los sonidos de la batalla impiden que las beatas le oigan. Sin pensárselo dos veces corre en pos de la cruz. A su paso derriba a un soldado nacional, que cae empalándose sobre una estaca. Alguien, en el frente nacional, ve esto y le dispara. La bala impacta contra la mochila. El alcohol explota. El sacerdote es un cometa que luz que corre hacia las monjas.

EXT. FRENTE, ZONA DE LAS BEATAS – ATARDECER

Incansables, las beatas siguen arrastrando la cruz de Cristo hacia ninguna parte. Una beata joven ve al sacerdote ardiente y le señala, soltando la cruz. Al perder uno de sus sostenes, la cruz cae.

BEATA JOVEN

¡La estrella de la anunciación!

BEATA X

¿Dónde?

La beata jefa mira enfadada a la beata joven. El resplandor que es la hoguera andante del sacerdote desvía su atención.

SACERDOTE

¡El infierno me persigue! ¡Huid!

En la distancia, la luz que arde en las espaldas del sacerdote, se apaga.

BEATA JEFA

(a la beata joven)

Recoge la cruz. *(A las demás.)*

Obedeciendo la orden, la beata joven recoge la cruz.

BEATA JOVEN

Perdone, ¿adónde vamos?

Murmullos de asentimiento recorren a las compañeras de la beata joven.

BEATA JEFA

Hacia allí.

Y nadie, ni siquiera ella, sabe hacia adónde señala.

EXT. ÁRBOLES DETRÁS DE LAS TRINCHERAS NACIONALES – NOCHE

La luz de la luna permite ver al sátiro tendido en lo que antes era fango. Las dos monjas le manosean. Él se deja llevar.

MONJA 1

¿A cuál quieres más de las dos?

MONJA 2

Sí... ¿A cuál?

SÁTIRO

(sin pensar antes de responder)

Si me quedara con una de las dos tendría la mitad.

MONJA 2

¿Nos llevarás a Francia?

SÁTIRO

No.

MONJA 1

¿Por qué?

SÁTIRO

En Francia hay demasiados franceses.

MONJA 2

¿Y qué haremos?

SÁTIRO

Exactamente lo mismo que ahora estamos haciendo.

Un proyectil perdido pasa por encima de ellos. Las monjas miran al proyectil y luego bajan su mirada hacia la entrepierna del sátiro. Sin decir palabra, los tres se abrazan.

EXT. CAMPO DE BATALLA – AMANECER

Un sol débil asciende sobre un cielo agradablemente azul. Bajo este firmamento hay más de un millar de muertos. Suenan voces vagas, unas ordenan, otras dudan, otras asienten. Todas son incomprensibles. Las voces se materializan en las figuras de las beatas. Con gesto estoico algunas, prestas a vomitar las otras, recorren el frente. Buscan la cruz. Y dan con ella. La beata jefa la coge y casi la eleva, pero no puede. Las demás, empujadas por la solidaridad, una detrás de otra, construyendo una montaña humana sobre la que se elevará la cruz, la ayudan a levantarla.

FUNDIDO EN NEGRO

CREDITOS

EXT. CAMPO DE BATALLA – ATARDECER

No queda ningún soldado vivo en el campo de batalla. Dos figuras se arrastran por un montículo. Detrás se oculta el sol, delatando las caras del cacique y el alcalde.

ALCALDE

Esto no lleva a ningún sitio...

CACIQUE

Una mierda... ¡Una mierda! ¡Esto lleva a nuestro futuro!

ALCALDE

¿Qué futuro?

CACIQUE

La cruz.

ALCALDE

¿Dónde?

CACIQUE

Aquí.

ALCALDE

Aquí no hay nada.

CACIQUE

(al ver la cruz)

¡Exacto!

El alcalde, por primera vez en su vida, mira con cara dudosa al cacique, hasta que un sonido de motor, proveniente del cielo, desvía su atención. Un proyectil cae detrás de la cruz. Los dos se miran asombrados.

ALCALDE

¡Es un milagro!

El cacique duda unos segundos.

CACIQUE

Igual sí que lo es...

ALCALDE

¡Es la señal que esperábamos!

Sin mediar más palabra, animados por el milagro, se abrazan a la cruz.

ALCALDE

¡Esto funciona!

Una luz blanca inunda el campo de batalla. La bomba explota.

FIN

5) - Tratamiento

5.1. Contexto narrativo:

El contexto narrativo se sitúa en plena guerra civil, cuando ambos bandos enfrentados encarnizadamente luchan por hacerse con el control del país y con la victoria absoluta para gobernar a los españoles.

5.2. Ambientación:

Está ambientada en la guerra civil, y el recorrido es desde pueblos cerrados y atrapados en el tiempo, pasando por una road-

movie, bosques solitarios, hasta conventos tanto de frailes como de monjas, hasta terminar en el campo de batalla.

5.3. Localizaciones:

- Campamento militar nacional.
- Bosque.
- Casa del cacique.
- Balcón de la casa del alcalde.
- Plaza del pueblo.
- Colina soleada.
- Despacho de la casa abadía.
- Cuarto trastero.
- Cocina casa del cacique.
- Pasillo casa del cacique.
- Calle del pueblo.
- Interior del autobús.
- Tejado de una casa.
- Puesto de mando del jefe del estado mayor
- Iglesia.
- Trincheras del frente republicano.
- Tejado de la iglesia.
- Cercanías pueblo ficticio Rincón del Arzobispo.
- Carretera montañosa.
- Interior camión del cacique.
- Barranco.
- Interior de la tienda de campaña del capitán nacional.
- Pastos de las ovejas.
- Pantano.
- Convento de monjes.
- Patio del convento.
- Exterior de la muralla del convento de monjas.
- Pasillo del convento.
- Dormitorio de la una munja.
- Establo.
- Habitación de las beatas.
- Techo del autobús.
- Carretera en espiral.
- Cruce de caminos.
- Campo de batalla.

5.4. Personajes (por orden de aparición):

- Capitán.
- Soldevilla (sargento).
- Cacique.
- Alcalde.
- Sirvienta.
- Josele (sátiro).
- Niño exaltado.
- Padre del niño exaltado.
- Mujer emocionada 1.
- Mujer emocionada 2.
- Mujer emocionada 3.
- Mujer 1.
- Mujer 2.
- Anciano.
- Sacerdote.
- Beata jefa.
- Beata.
- Beata vieja.
- Resto de beatas (4).
- Pregonero municipal.
- Campesino voluntario.
- Soldado republicano.
- Soldado republicano sin prismáticos.
- Soldado republicano con prismáticos.
- Koschenko.
- Bañón.
- Soldado ilustrado.
- Soldado pelota.
- Soldado testarudo.
- Soldado estúpido.
- Nuria.
- Dolores.
- Anciana 1.
- Anciana 2.
- Sargento (republicano).
- Soldado entusiasta.
- Espectadora devota.
- Campesino comunista.
- Espectador que ha recibido la muñeca.
- Penélope.

- Conductor del autobús (una de las beatas).
- Isidro.
- Valerio.
- Beata somnolienta (otra de las beatas).
- Soldado fumador (nacional).
- Soldado de guardia (nacional).
- General nacional.
- Abad.
- Monje salido 1.
- Monje salido 2.
- Monje salido 3.
- Madre superiora.
- Monja caída (Asunción).
- Remedios (monja).
- Monja que habla en sueños.
- Monje corriendo 1.
- Monje 2.
- Monje corriendo 2.
- Monje canijo.
- Mandamás.
- Primer monje que se asoma a la ventana.
- Monje cerca de la puerta.
- Monje coherente
- Teniente (republicano).
- Soldados luchando en el frente.

6) Fuentes bibliográficas, filmografía y documentos.

- *Bibliografía:*

- * PROSPER, José (2004), **Elementos constitutivos del relato cinematográfico**, Valencia: editorial Universidad Politécnica de Valencia.
- * BURCH, N. (1979), **Praxis del cine**, Madrid: Fundamentos.
- * GAUDREAU, A./ JOST, F. (1995), **El relato cinematográfico**, Barcelona: Paidós.
- * VAYONE, Francis (1996), **Guiones modelo y modelos de guión**, Barcelona: Paidós.

- Filmografía:

* LA ESCOPETA NACIONAL. España, 1978. Director: José Luís García Berlanga

* LA VAQUILLA. España, 1988. Director: José Luís García Berlanga.

* PATRIMONIO NACIONAL. España, 1981. Director: José Luís García Berlanga.

